

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 102

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 Septiembre 1902

¿QUÉ ES EL ARTE?

Esta pregunta se ha hecho León Tolstoi para contestarla en un libro, y es quizá una de las primeras y de las últimas interrogaciones que se dirigen todos los artistas pensadores y los pensadores artistas desde la antigüedad más remota á nuestros días.

Quién hace descender al arte á simple receptor de funciones fisiológicas. Quién lo eleva á la categoría de la emoción espiritual más pura y delicada. Quién estima que el arte es conmoción orgánica únicamente, pero que la conmoción puede ser estética si nos hace sentir lo hondo y grande, y puede ser antiestética si produce repulsión é inarmonía. No falta quien dice que el arte es algo independiente de toda idea del bien y del mal, ó mejor que, siendo bueno y siendo malo, es igualmente arte si produce hondas emociones. Estos quieren un arte que vigore y mejore la raza en sus sentimientos y en sus ideas, sobre todo en sus sentimientos. Aquéllos dicen que el arte no debe tener otro fin que hacernos sentir la belleza y el placer, sin más objeto transcendental que el mismo placer y la misma belleza. Algunos arguyen que hasta la palabra fin es un atentado al arte, porque éste no puede, no debe tener fin alguno, siendo como es un producto emocional de cada individuo, cuya finalidad llevan los artistas, más que en sus ideas, en sus nervios, de notas y modulaciones eternas, indefinidas é indefinibles. Los místicos como Tolstoi quieren un arte sujeto á la censura de una moral dogmática y estrecha. Los naturalistas lo prefieren tal como surge de la animalidad hombre, con ausencia absoluta de refinamientos intelectuales y psíquicos, con amores, odios y preocupaciones, sin que el artista se desasosiegue en averiguar si la bestia humana es ó no moral y mejorable.

Así se dividen los artistas en tantos nombres y grupos que no hay manera de calificarlos, á no ser que hagamos de ellos dos grandes bandos y que, ensanchando la manguera digamos: todo artista que sujete el arte á un propósito moral ó ideal, es un artista ideista; todo artista que no ponga objetivo al arte y se preocupe sólo de la forma, es artista decadente.

A la postre, en dos grandes grupos que pueden ser calificados como yo los califico ó de modo equivalente, se dividen los artistas, aunque no haya manera de ponerlos de acuerdo en ningún punto ó sólo en el punto de lo puramente emocional.

¿Por qué tal diversidad de opiniones? Sencillamente, porque el mundo de lo psicológico no es de un tono ni de una nota. Cada artista produce colores diferentes de los demás, y hasta el público que recibe la emoción del creador de emociones está dividido en seres más aptos para asimilarse una emoción que otra, ya que si en lo orgánico exterior no hay persona igual á otra y sí sólo semejante, en lo orgánico interior cada individuo es un sistema distinto de los otros, si no en su esencia, en sus modalidades: el órgano ó sistema de órganos que producen y reciben las sensaciones, no es igual en ningún hombre.

¿Cómo podemos ser, pues, estetas, si la belleza es múltiple y variada; ni deistas de ideas particulares y secundarias, si la idea es infinita en su variedad y en su evolución; ni moralistas, si la moral no tiene existencia definida ni igual en todas partes? Únicamente en hijos del dogma religioso se puede dar el dogma ideal y social y el dogma artístico.

Yo no sé con certeza cómo pensaban del arte Ruskin y Guyau, porque el arte, en estos maestros de la estética intuitiva, que es la única estética verdadera, ya que en la belleza y en el gusto no cabe el experimento ni el cálculo matemático, no se presentan con definiciones absolutas ni siquiera terminantes; pero se me antoja que estaban separados por igual de los místicos que de los deistas y de los naturalistas, y que ellos iniciaron, quizá inconscientemente, en Ruskin más que en Guyau, esta poderosa corriente que se dirige á unir la vida con el arte, esto es, á hacer un arte para el engrandecimiento y posesión de la vida, no una vida especial de refinamientos decadentistas para este arte académico de los partidos y de los cenáculos que decretan y legislan como si el arte pudiera encajonarse en un molde determinado.

Indudablemente. Cuanto más me involucro en estas cosas del arte y de las cuestiones estéticas, más se apodera de mi pensamiento el concepto de que la humanidad, á no tardar mucho, habrá perdido la noción de todo ideal político y religioso, así en lo artístico como en lo sociológico, para crearse un ideal de orden superior común á todos los hombres. Así que desaparezca la necesidad social de que haya sectas, religiones y partidos, que dividen á los hombres en castas y clases, desaparecerán todos los ideales de orden inferior, como son los que tienen por objeto reprimir la vida en sus múltiples manifestaciones y supeditar unos hombres á otros que se llaman señores, sacerdotes ó soldados. Hoy día la variedad de partidos y de religiones no tiene más objeto que la imposición y la represión de unos pocos contra muchos, y este orden social, inferior en grado sumo, que ha alimentado y permitido tal estado de mentalidad, produjo al mismo tiempo el órgano del vasallaje y de la sumisión en las muchedumbres que tiene varios nombres, según las razas y los pueblos, pero que se concreta y define en una particularidad que se llama esclavitud intelectual ó física.

Y el arte ha seguido también esta corriente, víctima, como la filosofía, del órgano social y fisiológico que exige con fuerza superior á las fuerzas humanas la existencia de capillitas, sectas y partidos, para tener divididos y sometidos á los hombres: divididos en partidos y religiones; sometidos á una ley, dirección ó mandato. Y en la inteligencia humana es tan necesaria, actualmente, la esclavitud y la tiranía, la creencia en un Dios y en sus sacerdotes como un mandato imperativo de los tiempos que fueron, que el hombre, no sólo le parece imposible la libertad, le parece perniciosa.

Sin embargo, el que sepa observar bien á través del arte y de la sociología, notará al momento que ambas manifestaciones de la inteligencia, las más poderosas en nuestros días, se dirigen á un ideal común superior que recluta, une y cohesionada muchas energías cerebrales que antes andaban dispersas por las regiones del arte, de la filosofía y hasta de la ciencia.

Se trata de la vida.

La alegría de vivir, el propósito de engrandecer é integrar la vida, mueve hoy muchos corazones. El fisiólogo, el pedagogo, el sociólogo, no hacen más que reclamar vida sana, intensa y múltiple. ¿Qué diremos del arte, la última manifestación de la inteligencia humana, el resumen de todos los conocimientos, el creador de nuevas emociones, el excitador y descubridor de nuevos sentimientos? El arte ha de tender, y tiende, á embellecer y engrandecer la vida, á hacerla más intensa, más fuerte, más impetuosa.

Yo creo que en la vida han de unirse, en su día, todos los ideales, ó mejor, que no ha de haber otro ideal que la vida; que el filósofo, el científico y el artista dirán al crear: «eso ha de servir para hacer más larga, grande y bella la existencia de mis semejantes, de la humanidad entera», así como ahora dicen: «eso me proporcionará riquezas ó comodidades», que en lugar de embellecer la vida de un individuo la acortan y enferman.

En nuestros días el filósofo que es artista, ó el artista que es filósofo, encamina sus obras á hacer de todas las ideas particulares é inferiores de patria, religión, propiedad, gobierno, etc., el ideal de vivir bien, de gozar mucho, de saber inmensamente, de sentir con vehemencia, de adornar todos nuestros actos de sensaciones y deseos fuertes, intensos para que el hombre sepa en todo momento que goza porque vive, ó que vive porque goza.

Esto debe procurar y debe ser el arte, y esto es lo que buscan las generaciones presentes.

El arte que es religioso, es arte falso, particularista; el arte que es ateo, es arte de secta; el arte que sólo se preocupa de la forma ó del arte mismo, es arte de partido, y, en general, del que forman los artistas que, físicamente, dejan más que desear; el arte llamado de ideas, cuando estas ideas no son, por su superioridad, comunes á todos los hombres, es también arte de bandería. Tales creaciones no pueden ser ni artísticas ni espontáneas, porque están supeditadas á un principio preconcebido. Son artificios puestos á las órdenes de una particularidad preocupación del autor, ó, con más propiedad, de uno de los ideales inferiores de los múltiples que nos han legado los tiempos pasados.

Sólo el arte vital, el arte que se preocupa de la intensidad, de la integridad, de la potencia y de la belleza de la vida en general, es arte verdadero; únicamente el arte que hermosea, engrandece y hace amar la vida, por lo que ella es buena y por lo que puede ser mejor y más intensa y variada, es arte.

ANGEL CUNILLERA.

La evolución de la Filosofía en España.

Los federales en el anarquismo: Ricardo Mella y Fernando Tarrida.—Colectivismo y comunismo.—El anarquismo de José Llunas.—Lo rudimentario de la idea anarquista en el año 85.—Una nueva manifestación de la evolución económica en la idea anarquista.—E. Productor, el papel que desempeñó en aquella evolución.—El propósito de los anarquistas sin adjetivo.

Al partir de aquí el comunismo empieza á crecer, fundándose grupos en Barcelona, Madrid, Sevilla y otros pueblos de Andalucía. El primer periódico comunista se publicó en Gracia, titulado *La Justicia Humana*. Sin embargo, el colectivismo absorbía aún casi todas las inteligencias que entraban en el campo anarquista. Por este tiempo se declararon tales Ricardo Mella y Fernando Tarrida; proceden también del campo federal, según ellos mismos nos cuentan. Habla el primero:

«Respecto de este particular te diré brevemente: era federal á los veintiún años; la *Revista Social* me decidió por el anarquismo, y el 82 fui á Sevilla como tal. Proudhon influyó entonces grandemente sobre mis ideas. Más tarde Spencer. Conservo siempre cariño á los escritos de Pi y Margall. Actualmente leo lo que puedo y estudio; de modo que no acertaría á determinar una influencia dada.»

Fernando Tarrida se expresa en los siguientes términos:

«Los escritos de Bakunin, Kropotkin, Proudhon, Tchernicheusky y Pi y Margall, hicieron de mí un anarquista cuando sólo contaba dieciocho años. Siendo por aquel tiempo secretario del Comité Federal de Barcelona, dejé de pertenecer á dicho partido para ingresar en la Sección Varia de la Federación Regional.»

Como queda dicho, ambos elementos entraron al campo colectivista, si bien Mella con más decisión y por más tiempo que Tarrida. A poco de declararse anarquista Mella, desde *La Solidaridad*, de Sevilla, en una serie de artículos combatía otros trabajos que, defendiendo el comunismo, se publicaban en *La Justicia Humana*.

En el Certamen Socialista organizado por el Centro de Amigos, de Reus, el año 85, Fernando Tarrida, Ricardo Mella y José Lluñas, defendieron el colectivismo y atacaron el comunismo.

Como comprenderán los lectores, aquellos estimados amigos nuestros continúan demostrando que procedían del partido federal, que el espíritu de Pi y Margall animaba su espíritu y que aún no concebían una sociedad completamente emancipada de un organismo director ó administrador, ni de la propiedad individual.

Fernando Tarrida, en un trabajo premiado en dicho Certamen, y que lleva por título: *Anarquía, Ateísmo y Colectivismo*, dice:

«Este grandioso edificio no reconoce más cimiento que el respeto de la libertad individual bien entendida, que descansa en el trabajo, en la producción, en la utilidad y en la solidaridad humana; jamás en la propiedad—robo que tanto se quiere hacer respetar en nuestros tiempos, y que no reconoce más orígenes que la fuerza, el abuso, la astucia y la estafa.»

«El colectivismo difiere esencialmente del comunismo, por el mero hecho de *respetar la propiedad bien adquirida*, el esfuerzo individual y la libertad ilimitada inherente al hombre.»

«El derrumbamiento completo de la autoridad y su *reemplazo por la administración*; he aquí la anarquía.»

Ricardo Mella, en el mismo Certamen y en un erudito trabajo titulado: *Diferencias entre el comunismo y el colectivismo*, expone:

«De acuerdo, por tanto, con lo que han venido sustentando siempre los apóstoles del comunismo, digo que: la comunidad es una organización en la que todo es de todos; todos trabajan para todos y halla cada uno la satisfacción de todas las necesidades en el fondo común por todos formado; es aquella soñada organización en que la igualdad más absoluta, la identidad más acabada es el principio, el medio y el fin de todas las cosas; es, en fin, la *preponderancia del Estado por el sacrificio del individuo*.»

«Los socialistas revolucionarios, convencidos del carácter autónomo de todas las instituciones humanas, afirman contra los comunistas, *la propiedad individual*; contra los individualistas, la propiedad colectiva ó común. (1) *Afirman la propiedad individual*, porque para ellos no es regla de justicia la necesidad sino la libertad; consagran la propiedad

(1) Adviértase que no era la propiedad común ó colectiva lo que dividía á los anarquistas el año 85, porque todo dependía, para que tuvieran razón unos ú otros, de que se diera el nombre de colectividad ó de comunidad á las agrupaciones de personas; lo que les dividía era que los unos querían para el individuo agregado á la comunidad el producto íntegro del trabajo, y otros que este producto fuese común como la tierra, las herramientas, etc., etc.

colectiva, porque reconocen en todos los hombres el derecho al usufructo de cuanto por su naturaleza misma es de dominio universal y no particular, derecho completamente desconocido en el régimen individualista de nuestros días. Colocándose á igual distancia de los individualistas que de los comunistas, deducen, de esta segunda afirmación, la imposibilidad de que el aire, la luz, el agua, la tierra, los productos del genio puedan ser apropiados, no sólo por el individuo, sino también por entidad alguna colectiva, ya se llame Municipio, ya Nación, ya Estado, ya Humanidad. En cambio reconocen al individuo un derecho absoluto á la percepción, á la *apropiación del producto íntegro de su trabajo, propiedad* la más sagrada, la más respetable, pero también la más desconocida por comunistas é individualistas á la par.»

Hacemos notar estas afirmaciones de los anarquistas colectivistas que entonces dominaban por su número y su ilustración en el campo del proletariado militante, para seguir, no ya la evolución de la filosofía social española que nace en Pí y Margall, sino la de los mismos colectivistas que continuaron luchando por la implantación de una sociedad más justa que la presente.

En este mismo Certamen, Teobaldo Nieva, que poco después se convirtió al comunismo, durante una corta temporada que estuvo en Francia, dice en un trabajo sobre la misión de la mujer en la sociedad del porvenir: «Ya sabréis, compañeras, que decir Revolución social es decir Federación, Anarquía y Colectivismo. Invocar esta trinidad emancipadora, es proclamar la justicia y el derecho, esto es, la autonomía de todos los seres y la solidaridad económica.» Al poco tiempo de haber dicho lo que precede, su autor se declaraba comunista.

José Lluñas, después de afirmar la base del colectivismo en el producto íntegro del trabajo como Tarrida y como Mella, dice en su estudio sobre *La organización y aspiraciones de la Federación de trabajadores de la Región española*: «Según los federados, la Anarquía constituye un sistema sociológico puramente administrativo. *Ha de haber, pues, administración.* Es más, en los estudios filosófico-sociales, segundo volumen de la *Biblioteca del Proletario*, publicado por los federados, encontramos la afirmación de que «el deber más sagrado de la anarquía es organizar la administración.»

Salvo la afirmación de que no querían gobierno, de que nadie tiene derecho á tocar, legislar, discutir, ni aun bajo el pretexto de garantizarle la libertad de los demás y de que no querían política parlamentaria, en lo demás, en lo que se refiere á las funciones administrativas del Estado ó de las juntas, los anarquistas de entonces se distinguían bien poco de los socialistas. Ambos reconocían la necesidad de un organismo administrativo, que no de otro modo distinguen el Estado socialista los socialistas. Este extremo lo hemos visto confirmado en algunas de las líneas reproducidas, y lo confirman más aún las siguientes, escritas por José Lluñas en el citado Certamen:

«Ya hemos dicho que la Federación Local es el Municipio. Los representantes, elegidos directamente por las secciones, suplirían lo que hoy llamamos Ayuntamiento, pero sin otra misión que administrar, tanto en las necesidades interiores como en sus relaciones con el exterior, pues sería el «único organismo representante en la localidad».

»El sufragio permanente de las secciones de la localidad podría á todas horas destituir, cambiar ó exigir pronta y estrecha cuenta á los administradores que se extralimitasen en sus deberes ó no fuesen de la confianza de sus administrados.»

Los partidarios del sufragio universal, así políticos burgueses como políticos obreros, no hablan de otra suerte.

Conste que no hacemos notar lo rudimentario que el concepto de la anarquía era en

la época que tratamos, más que para ahanzar el progreso y la gran evolución que ha experimentado en menos de quince años, el anarquismo.

Continúa Lluñas:

«Cuando ocurriera algún hecho criminal, que criminal sería todo lo atentatorio al derecho ó á la libertad de cualquiera, un Jurado elegido al efecto, y sin ninguna clase de ley preventiva, examinaría los hechos y dictaría pronta y recta justicia, procurando siempre la corrección más que el castigo.

»La persecución de los criminales, si fuera necesario, se organizaría por batidas generales ó por secciones de servicio público, según la importancia del caso; y si el criminal huyese de la jurisdicción de su Municipio, tratados de extradición ó solidaridad por la justicia, impediría la impunidad del crimen.»

A continuación vuelve á surgir la influencia de la doctrina de Pi y Margall y de la política que engendró el socialismo anárquico colectivista:

«Estas Federaciones subsisten también anárquicamente, pues del mismo modo que el individuo es libre en la sección y ésta en la localidad, ésta es libre en la comarca y puede ó no pactar del modo que tenza por conveniente, creyendo los federados que con dificultad podría existir un pueblo tan salvaje que se negara á relacionarse con los demás, aunque si tal hiciera, se le respetaría su derecho, seguros de que en su mismo pecado hallaría la penitencia.

»Los representantes de comarcas ó regiones estarían también reducidos á funciones puramente administrativas, y asimismo, por el sufragio permanente de sus administrados, podrían en todo tiempo y lugar ser cambiados ó destituidos de sus cargos.»

.....

«Diferéncianse estas dos escuelas, que mientras los comunistas opinan que no ha de haber en el mundo ninguna clase de propiedad, perteneciendo todo á todos, los colectivistas creen hallar el remedio á todos los males de la humanidad estableciendo la propiedad colectiva de la tierra y de los grandes instrumentos del trabajo, siendo usufructuario de ellos quien los haga producir y consagrando la *propiedad individual* más completa y absoluta del fruto del trabajo de cada uno, pudiendo disponer de ella como mejor le cuadre.

»Deben constituir *propiedad Colectiva*, según los ideales de los federados, la tierra, las fábricas, las minas, buques, ferrocarriles; telégrafos, edificios, máquinas, instrumentos en general de trabajo; y *propiedad individual*, lo que representa producto laborado por uno mismo.»

Por consiguiente, había en el colectivismo anarquista del año 85 del siglo pasado, propiedad individual y autoridad administrativa, según unos, ó reducida á las funciones en que pudiera ser útil, según otros.

Como por las luchas de que ha sido objeto el colectivismo anarquista, ya en pro, ya en contra, pudieran nuestras palabras recordar aquel tiempo, que no calificamos de bueno ni de malo, y sí sólo de hecho histórico, y abrir cicatrices que debieran estar, y quizá estén, cerradas para siempre en comunistas y colectivistas, creemos necesario decir que, al pisar las cenizas de las luchas pasadas, no sentimos animadversión para ninguno de los dos bandos que las promovieron. El tiempo nos dirá cuál de los dos tenía razón, ya que actualmente ya nos ha dicho que todos creían defender la verdad y la justicia.

* * *

En este mismo Certamen vemos expuesto un principio para las relaciones económi-

cas de los hombres, que bien pudiera significar una duda contra el colectivismo, ó una inteligencia que instintivamente se abre á nuevos horizontes y concibe un grado más en esta orientación de la filosofía social. El principio es como sigue:

«Tiene el individuo necesidad como veinte, por ejemplo, y sólo puede producir como uno, de lo cual resulta un déficit que imposibilitaría la vida si no se efectuase el *auxilio recíproco*.

»Si el individuo produce como uno, es con el fin de producir en una sola clase de productos; pero en esta clase única produce un exceso, y este exceso le proporciona recursos para adquirir lo que necesita, y que *los demás tienen también con exceso*.»

«La sociedad, pues, es un agregado de productores que viven cambiando sus productos, satisfaciendo así las múltiples necesidades morales y materiales inherentes á nuestra naturaleza.»

El principio comunista está aquí poco determinado, mas el principio existe en el *auxilio recíproco* y en el cambio de productos; y aun cuando existe un «los demás tienen» que denota propiedad individual, los tres párrafos, en conjunto, descubren un cerebro que no está casado con el producto íntegro del trabajo.

Tenemos, pues, el primer paso dado hacia una nueva tendencia económica entre los anarquistas intelectuales. El paso lo da Anselmo Lorenzo, del cual son los párrafos copiados.

Preciso es tener en cuenta que Anselmo Lorenzo fué una de las plumas principales, si no la principal, que escribieron *El Productor*, periódico anarquista que empezó á publicarse en Barcelona á principios del año 87, y que *El Productor* no tenía un criterio cerrado en economía, representando, con su espíritu amplio en estas cuestiones, una transacción que se llamó primero anarquismo a secas, ó sea sin adjetivo económico, que defendieron, antes que nadie, Anselmo Lorenzo, Fernando Tarrida y el que estas líneas escribe, y que por entonces se dirigía, más que al comunismo, á unir á todos los anarquistas españoles, prescindiendo de momento del criterio económico.

Después de esto vino una persecución feroz, durante la cual no pudo publicarse periódico ni discutirse nada. Al salir de nuevo á luz los ideales, se había transformado por completo la opinión de los anarquistas respecto de las cuestiones económicas. Pero, antes de demostrarlo, es necesario retroceder al año 87 y estudiar las manifestaciones intelectuales y la evolución de la filosofía social en el Certamen socialista celebrado en Barcelona en el indicado año.

FEDERICO URALES.

Hacia la conquista del estado natural. (1)

Los párrafos que siguen son un llamamiento al sentido común, un grito de alarma contra el desmonte continuo y devastador de los bosques, es un clamor desesperado contra la invasión de la tisis, contra las casas de seis ú ocho pisos, contra los alimentos y bebidas adulterados, contra el cansancio intelectual de las universidades y el trabajo atrofiador de las fábricas. Es también una virulenta diatriba contra el aire enrarecido y malsano, contra las enfermedades y decadencia de las razas, y por último, es una protes-

(1) Como prometimos, hoy publicamos un artículo de los partidarios del hombre natural.

ta violenta contra las estupideces y los ilogismos creados por la civilización, es una lucha contra la Ciencia, diosa del día, contra la Química, contra lo artificial.

Nosotros podemos vivir sin ferrocarriles, sin automóviles, sin telégrafos y teléfonos, sin globos ni prostitución, sin tuberculosis ni pederastía.

Queremos simplemente la vida normal, es decir, el ejercicio de la vida, la libertad en la Naturaleza integral. La salud sólo puede lograrse con la abolición de las ciudades, focos permanentes, *inevitables*, de epidemias.

* *

Algunos nos dicen que en las tribus salvajes existía ya un jefe. Pero aquel á quien los espíritus civilizados toman por un jefe, no es más que un compañero de más edad, más experimentado y cuyos consejos desinteresados son oídos con mucha atención, sin que por eso ejerza autoridad alguna. En el presente, que hay jefes, ó autoridad cualquiera, la civilización, bajo forma de invasiones guerreras y monásticas (1), ha sembrado sus gérmenes malos, que, desgraciadamente, han dado sus frutos. Cuando comenzó á aparecer el jefe, rey ó guerrero, sacerdote ó brujo, fué la civilización la que tomaba forma, la que penetraba y subsistía al estado natural. Cuando éste tomó cuerpo, la humanidad tenía ya su existencia en desarrollo y ella no debía ir por otro derrotero, sino mantenerse en su estado normal, racional. ¿Por qué evolucionó hacia el caos de la civilización? Por la tendencia de algunos pueblos al espíritu envilecido y falso, atormentados por artificiales necesidades. ¿Por qué esos espíritus sintieron esas falsas necesidades? Porque fueron víctimas de una defectuosidad momentánea de la Naturaleza y ellos no hicieron nada para anonadarla, sino muy al contrario.

De allí surgieron todos los males que nos asedian hoy y que nosotros debemos resistirnos á sufrir.

Los antropófagos son seres por completo desnaturalizados y forzosamente imbuídos de los principios civilizadores.

Pongamos por nuestra parte el obstáculo de nuestra propaganda sana y lógica, hagamos porque se nos comprenda y nuestra será la victoria.

* *

El principio de la humanidad fué, sin duda, el estado primitivo, es decir, embrionario, en que toda la creación—animales, vegetales y minerales—no había llegado á su desarrollo completo. Y en sucesivas evoluciones, que duraron siglos, fué cuando el inmenso embrión humano, prosiguiendo su inevitable marcha progresiva, concluyó por salir á luz; la vida se manifestó, el mundo tomó existencia, realizándose el estado natural con toda su majestuosa grandeza, la Edad de Oro, como algunos pensadores llaman á aquella época, ó el Paraíso Terrestre, como dicen en las Biblias. Entonces las necesidades se reducían (y no debieran reducirse á otra cosa) á comer, beber, vestirse, alojarse, pulir algunos utensilios y armas indispensables y amar sanamente; todo eso podía hacerse en la Naturaleza sin la ayuda de industrias ni comercios cualesquiera. Teniendo sólo necesidades restringidas, podía satisfacerlas, mientras que hoy son tantas las necesidades creadas y otras de intensificadas (necesidades ficticias, bien entendido), que de ahí derivan los numerosos males que asedian y rigen actualmente la humanidad: Cien-

(1). Misiones Marchand, Stanley, Archinard, etc., cuyo verdadero fin es hacer esclavos á pueblos libres, vender productos adulterados, así como asesinar á gentes que no quieren de buen grado someterse á la inmundicia civilización.

cia, Maquinaria, Religión, Parlamento, Ejército, etc... Y para resistir esta triste situación; para salir de nuestra intolerable apatía, es por lo que nosotros luchamos contra el monstruo civilización para el advenimiento de la Naturaleza integral. ¿Tendrá éxito nuestro propósito? No lo creemos, pero poco importa, ¡nuestros clamores resonarán formidables á los oídos pasmados de los imbéciles rutinarios!

*
* *

Dicen algunos que lo que distingue al hombre de los animales es la inteligencia. El hombre no es más que un animal perfeccionado (aunque esto sea discutible) en diversos grados, es verdad; pero, sin embargo, es un animal. En este caso, no se creará verdaderamente que sea su titulada inteligencia lo que le distingue del animal, porque si poseyera realmente una *inteligencia* en el sentido exacto y natural de la palabra, no viviría en un estado de majadería y de barbarie como el en que está sumergido. Es cierto que es la civilización el que lo ha conducido allí. En estado natural, el gozo de pensar sería intenso, puesto que sería libre y feliz. Y para ello no necesitaría libros ni universidades. El cerebro tendría un alimento sano, porque sería lógico; natural, porque sería simple. ¿Se cree, acaso, que se es *inteligente* por haber aprendido las matemáticas y otras ciencias creadas por las civilizaciones? ¿Es útil aprender el griego ó el latín? No, y todo eso es lo que hace el mal de las sociedades existentes.

Hacer sus vestidos—pieles de animales y plantas textiles trabajadas naturalmente;—su habitación—cavernas, chozas, casita de piedra;—jarrones y utensilios rústicos (en la vida natural todo es rústico, el lujo está abolido) para la cocción de los alimentos, instrumentos y armas para la pesca, la caza y su industria *personal*, el hombre no crearía lo artificial, sino que viviría naturalmente. Y hasta si el sér humano quisiera perfeccionar esas cosas, como que lo haría para él ó su familia y no lo convertiría en un tráfico, en un comercio, permanecería en las mismas condiciones naturales. En cuanto á volver á empezar el engranaje fatal por el cual nosotros hemos pasado, no sería imposible, desgraciadamente, y sólo dependería del grado de inteligencia de las sociedades.

Todas las poblaciones que pasan crisis de hambre, es porque no viven en condiciones naturales, es porque la civilización ha penetrado en esos países.

Si el hombre se ha visto obligado al cultivo artificial, es porque vive bajo un régimen capitalista, y ha buscado con la química hacer producir á la tierra más de lo que ella podía dar naturalmente, ó con el empleo de invernaderos, abono de tierras, etcétera, para llegar á enriquecerse y establecer el agiotaje.

La tierra produce más por los medios químicos que por los naturales, pero esto la empobrece; los verdaderos abonos naturales son los excrementos y la tierra vegetal.

Para llegar á reconstituir la sociedad tal como nosotros la imaginamos, se necesitaría mucho tiempo, y por esto no nos hacemos ilusiones. Somos los primeros en propagar el Naturismo, pero después de nosotros otros continuarán la obra empezada, y quizá al final será un hecho.

Nosotros pretendemos y probamos que la *Civilización es el Mal* y la *Naturaleza el Bien*. Yo me atrevo á esperar que en una sociedad libertaria pura, muchos de los males de la civilización desaparecerán. Pero la ciencia es un nuevo error que es preciso combatir. La maquinaria *mágica* donde todo se hace casi por milagro, preconizada por los anarquistas, engendra la esclavitud; en la Anarquía es todo muy sentimental, porque se cuenta demasiado en los demás y no en uno mismo; se cuenta y se cree demasiado en la buena voluntad de todos, en la armonía, y es necesario decirse que si el individuo

es egoísta, es que está guiado por el sentimiento tan natural del instinto de conservación.

Un ejemplo sencillo de la vida natural: se debe viajar sin bicicleta, ni ferrocarriles, ni automóviles; debe irse á pie, pues en el estado natural se tiene el derecho de no darse prisa; no se vive al vapor y se quiere hacer mover los músculos y los miembros. Si los medios científicos de locomoción continúan, no necesitaremos las piernas, porque resultarán completamente inútiles, ya que no nos servirán; y sabido es que todo órgano que no funciona concluye por atrofiarse y viene la parálisis. Si hoy se desdenea tanto la vida natural para vivir (?) una vida de *fuego fatuo*, es que uno se ve arrastrado por la civilización, por la influencia del medio nefasto en el cual se vegeta.

Y si nosotros damos ahora el grito de alarma, es porque pensamos estar en la justa y exacta noción de las cosas.

Si viviéramos en una sociedad anarquista, tendríamos más facilidades de implantar el Estado Natural. Si el resultado de nuestros esfuerzos no se ve coronado con el éxito, tendremos que abandonar este sistema por otro más práctico; y si, por el contrario, los hechos vienen á corroborar nuestras ideas, serán los demás los que vendrán á nosotros deseosos de gozar de las bellezas de una vida natural.

ENRIQUE ZISLY.

LA HIPERFÍSICA Y LA FÍSICA

I

No puedo atinar, por más que pongo todo el empeño de que soy capaz, ó del que poseo, para dar con la debida razón del por qué tratan algunos de establecer esa tan absurda ó inexacta como inverosímil división, ó sea el mal llamado dualismo, supuesto existente en el sér humano, considerándolo compuesto de espíritu ó alma, parte sensible, inmaterial, sencilla y, por consiguiente, indestructible y eterna, y qué sé yo cuántos más despropósitos y propiedades incomprensibles, por cuanto lo suprasensible (caso de que exista) no puede asignársele propiedades, caracteres ó cualidades, por desconocer á aquello que se trata de estudiar; y la parte material, ó sea el cuerpo, la parte visible, tangible, perceptible, en una palabra, á las diversas funciones de los cinco sentidos existentes en el sér humano (aun cuando no carecen de ellos la mayor parte de los animales), y considerando á éste como un sér en todo completamente distinto de todos los demás seres de la creación, no teniendo ni el menor asomo, analogía, ni mucho menos parentesco, ni próximo ni remoto, y por ende careciendo de todas, ó la mayor parte de las facultades psíquicas, ó morales é intelectuales inherentes al mal llamado rey de la creación, como con tanta arrogancia se titula el *homo sapiens* de Linwey, sin comprender el muy incauto que seres en apariencia tan insignificantes como son los llamados microbios, le dominan si no de una manera absoluta, por lo menos relativamente, y debiendo también comprender que no es más que un simple microbio si se llega á comparar con el planeta que le sirve de morada ó *hábitat*, y más todavía si lo verifica con relación á todos los planetas; de modo y manera que, en acogándose á estas expresiones, la arrogancia fundada en el supuesto reinado entre la animalidad, no existe más que *in mente*, ó sea simplemente en sueño, en fantasía; y todo eso de que está ó se halla compuesto de cuerpo ó parte material, y alma ó parte puramente espiritual, completamente independiente la segunda de la

primera, resulta ser ni más ni menos que una ilusión de los sentidos, como ya lo manifestaré más adelante, conforme vaya desarrollando este asunto, que, en mi humilde y modesta opinión, es de una importancia extraordinaria, por cuanto aclara conceptos que hasta la presente época ó fecha han caminado ó dirigido su derrotero por las nebulosidades que cubría la mente, ó la inteligencia, de los que trataban ó deseaban dar luces ó conocimientos acerca del papel ó la misión confiada al sér humano en su corto viaje por la vida animal.

Pregunto desde estas líneas si hay alguno que sea capaz de contestarme de una manera positiva, real y categórica á la definición que se puede dar de animal, así como á otras definiciones, dado el estado actual de las ciencias biológicas, y, por lo tanto, admitiendo como posibles, ó más ó menos ciertas, las teorías darwinianas ó del transformismo; ninguna de las ya expuestas por los autores que sobre la misma han dado, no se ajustan, ni las es posible que lleguen á ajustarse, ni aun tan siquiera la de Herber Spencer, pues no creo que las tales definiciones se puedan expresar si se trata del llamado reino psicodiaro, ó mejor de los protistas, establecido por el ilustre naturalista alemán Hæckel, hallándose entre éstos seres el famoso *batilnico hæckelianus*, porque la simplicidad de la materia que los constituye y el funcionamiento de la misma es tal, que inmediatamente surge la duda, no sabiendo si se les debe de considerar como animales ó como plantas; pues á mi modo de ver no son ni lo uno ni lo otro por participar de ambos á la vez por cuanto no son, no constan ó no los constituye más que simples células, y por ende masas de albúmina, la cual es el principio ó la iniciación de todo sér que con el tiempo ha de constituir un organismo más ó menos complicado, sea perteneciente entonces al reino animal, séalo, por el contrario, al reino vegetal.

Y si, pues, no es posible una contestación clara, categórica, fija y determinada de lo que es ó de lo que se entiende por animal, entonces á qué esa pretendida división de la llamada dualidad, aun cuando sea simplemente en el organismo ó en la economía humana, si participa éste de todas las cualidades correspondientes á todos los demás calificados ó denominados animales, por ejercer análogas funciones, tanto de las denominadas fisiológicas como de las llamadas psíquicas, puesto que al fin y al cabo éstas no son más que funciones dependientes ó inseparables de la materia; porque no existiendo el alma de los místicos, mal que les pese á todos los escolásticos, peripatéticos, espiritualistas ó como les dé la idea de llamarse, no existe, ni tampoco puede existir, todo eso que han dado en llamar vida, conciencia, amor, idea, pensamiento, sensibilidad, etc., etc., en el sentir de ellos; es decir, todas cuantas facultades anímicas se han expresado hasta la época presente, haciendo cambiar de un modo completamente inverso el campo de las teorías ó doctrinas filosóficas, como puede estudiarse y compararse las antiguas con las modernas, no pudiendo compaginar las unas con las otras, aun cuando no me cabe la menor duda que la filosofía espiritualista ha servido de mucho para el conocimiento de la filosofía racionalista ó positivista, que en la actualidad tiene mucho desarrollo y de día en día adquiere un gran incremento con los admirables estudios que nos dan á conocer el célebre Herber Spencer, el ilustre astrónomo Camilo Flammarion, el insigne Luis Büchner y otros que no pongo por considerar, al menos en este momento, como suficientes autores los que acabo de citar ó nombrar.

Pero veo que me voy adelantando antes de entrar en la materia objeto de estas líneas, indicada por su epígrafe, diciendo algo acerca de la etimología de las dos palabras que lo constituyen.

La palabra hiperfísica, según se desprende de su sentido etimológico, no viene á ser

otra cosa más que lo superior á la Física, sobre ó más allá de la Física, en su mayor grado de desarrollo ó extensión, ó como reza ó indica el programa de una revista internacional de «ciencias hiperfísicas» que tengo á la vista, cuyo programa dice que se dedicará al estudio de los fenómenos naturales, por sorprendentes que sean, con excesos más allá de los explicados por las leyes físicas, investigando, á favor de los adelantos modernos, las materias siguientes: Espiritismo filosófico y experimental, Extasis, Telepatía, Doble vista, Dinamismo, Sugestión, Sonambulismo, Astrología, Kábala, Alquimia, Magia, Ciencias adivinatorias, Grafología, etc., etc., comprendidas todas éstas en las verdaderas ciencias naturales, pues hoy en día se explican con relativa facilidad los asuntos correspondientes al llamado Espiritismo, que no es ni más ni menos que el Dinamismo, ó ó sea la fuerza electromagnética de que se hallan poseídos todos ó la mayor parte de los cuerpos existentes en la Naturaleza, excepto un corto número de ellos, comprendiendo, como es consiguiente, las dos clases de electricidad vítrea y resinosa, positiva y negativa, el Extasis, Telepatía, Doble vista, Sugestión y Sonambulismo; háse encontrado su explicación en los fenómenos ó en los accidentes neuropatológicos, y, por lo tanto, correspondiente al estudio de la Medicina; la Astrología, Kábala y Magia pueden conceptuarse como una misma ciencia, cuya definición se puede expresar diciendo: la que trata de la dominación de la Naturaleza por medio de hechos maravillosos, y ya se sabe que hoy ningún hombre que haya siquiera saludado superficialmente las ciencias llamadas biológicas, no admite, ó por lo menos no debe de admitir, lo maravilloso ó sobrenatural, por ser contrario á la razón, la lógica y el sentido común.

En lo que se relaciona con la famosísima Alquimia, no se reduce á otra cosa que la primitiva Química, ó aquella que se hallaba encerrada en los conventos cuando los célebres Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino su discípulo, Rogerio Bacon, Arnoldo de Villanueva, Bernardo de Tréveris, Raimundo Lulio y Basilio Valentí se dedicaron á dicho estudio, y alguno de éstos trató de conseguir por sus experimentos la obtención ó preparación de la llamada piedra filosofal, la cual tanto dió que hablar y por cuyo medio llegóse á conocer unos cuantos cuerpos simples que hasta en aquel entonces se tenían por compuestos, á la vez que se supo existían otros, los cuales se ignoraban, conociéndose entre ellos uno de éstos, el hoy importantísimo llamado fósforo, dando por resultado lo que en la actualidad se conoce por las teorías de la Química, establecidas hacia el año 1787 por los célebres Lavoisier, Fonacroy, Gruytón de Morveau y Berthollet, teoría llamada del dualismo, sirviendo de base á la clasificación y nomenclatura de los cuerpos, tanto simples como compuestos, y que ha sido la base para el estudio de la Química mineral, cuya teoría dualística se ha sustituido, si no en todo, en gran parte, con la llamada unitaria, admitida hoy en día por la generalidad de los químicos, por considerarla como más racional, filosófica y de sentido común, y por ende como la más admisible.

Hecho este pequeño estudio ó análisis de lo que se estudia conforme al plan ó programa establecido por la Hiperfísica, fácilmente se puede deducir de él mismo que la dicha palabra no le conviene, ó se adapta muy imperfectamente á lo que se trata de estudiar en la aludida revista, mediante el juicio que puede hacerse del análisis que acabo de llevar á efecto por las materias que abarca su estudio; y si se fija por su valor etimológico, es decir, la Física que ha llegado á su mayor grado de desarrollo, del mismo modo que se dice en la Química ácido hiper, ó simplemente persulfúrico, al mayor grado de oxidación de las siete combinaciones que se conocen de la unión del azufre con el oxígeno, que, sin dejar de ser ácido sulfúrico, es el más rico ó el que posee más átomos ó volúmenes de oxígeno, no que traspase los límites de esta serie de compuestos, lo cual

sería una aberración, pues aun cuando llegase á encontrarse con el tiempo otro ácido superior en oxigenación al mayor que hoy se conoce, aquél sería el que llevase tal denominación, ó al menos se le pondría alguna característica para diferenciar el uno del otro, como se hace de dos cuerpos de igual ó semejante composición, pero que tienen alguna variante debida á sus propiedades, como naftol *a* y naftol *b*; pues la Física, por más que se empeñen sus supuestos detractores, nunca llegará á su final, dado que siempre se está inventando ó descubriendo cosas nuevas, y por ende asuntos más para su estudio y fundación de nuevas teorías adaptables á los nuevos inventos; por todo lo cual, los asuntos relacionados con la Física son eternos ó infinitos, pues mientras exista la materia existirá igualmente la Física, como ya manifestaré más adelante cuando hable ó diga algo que se relacione con ella, pues inmediatamente voy á tratar de otro estudio que merece ocuparse de él, aun cuando no sea más que á la ligera, para dar una idea.

Me refiero á la tan cacareada Metafísica, á la que yo no la llamo ciencia por cuanto considero sus estudios puramente ideales, basados en la esencia de la materia y en los seres espirituales, ó en la naturaleza de éstos, y mal puede conocerse su naturaleza ó esencia no conociendo perfectamente bien sus propiedades ó caracteres.

Esta palabra viene de la voz griega *τὰ μεταφυσικά* (*tá metaphysiká*), locución tomada del texto; *μετὰ τὰ φυσικά* (*metá tá physiká*), «después de las cosas naturales» con que Aristóteles principia su tratado sobre esta parte de la Filosofía.

Es un sistema filosófico de los antiguos, y, por lo tanto, digno solamente de que quede archivado como recuerdo de nuestros antepasados para que nos fijemos un poco en la sutileza, en la agudeza del gran ingenio de los dedicados á dicho estudio.

En su sentido más amplio y claro, y según se desprende de su etimología, significa lo que debe ser leído después de los libros de Física.

Aclarando este concepto, creo que debo hacer una pequeña historia de la tal Metafísica, para deducir de ello si puede y debe de llamársele de tal modo ó de otro distinto.

En tiempo del célebre dictador romano Sylla, y por cuyo mandato se llevaron á Roma las obras de Aristóteles, cuyas obras se encontraron en Atenas despedazadas y roídas de gusanos, diósele el encargo á San Serapión, monje llamado el Eclesiástico, y también á otros literatos, para que éstos las coordinasen.

Entonces hallaron que, después de haberlas reducido á diferentes cuerpos de orden de materias, quedaban algunos trozos que no sabían á qué ciencia podían pertenecer; pero como era preciso ponerlos en alguna parte, determinaron colocarlos después de los libros de Física, y así los llamaron metafísicos ó postfísicos, y he aquí el origen de la tal palabra que tanto ruido había de dar lugar.

Otros dicen que, queriendo Aristóteles manifestar el lugar que debían tener entre todos sus escritos muchos tratados compuestos por él sobre los objetos más abstractos del pensamiento humano, y reunidos al presente en una sola obra, el mismo Aristóteles, ó su inmediato sucesor Theofrasto, los designó por el título ya indicado.

El tal título hizo fortuna; llegó á ser el de una ciencia del todo distinta, que fué mirada como el objeto más elevado de la Filosofía y como el conocimiento necesario de todos los demás conocimientos.

Aristóteles vivió por los años de 380, antes de J. C.; éste, menos deseoso de sacar á la Naturaleza sus secretos que de acomodarla á sus ideas, no la vió sino tal cual él quería que fuese; dió nombres en vez de asignar causas, y pensó que con inventar una voz resolvía los problemas más difíciles.

Para adquirir la gloria de seguir rumbos desconocidos, se apartó de los que habían

seguido los filósofos que florecieron antes que él. Sus discípulos no hicieron más que añadir errores á los de su maestro.

En este lugar también cabe decir algo acerca de la llamada Ontología, palabra que se deriva de dos griegas: *ὄν*, *ὄντος*, el sér, y *λόγος*, doctrina, la cual es una parte de la Metafísica que trata del sér en general y de sus propiedades transcendentales.

Fué usada por Leibnitz, y posteriormente por Wolf y otros, con un sentido equívoco.

Unas veces expresa la idea de Aristóteles de la Metafísica, ciencia del sér como sér ó ente, y otras una parte de la Metafísica, la que trata no de un sér determinado, hombre, materia ó Dios, sino del sér en general, abstracción de todos los particulares. Aristóteles denominó la Metafísica filosofía primera, como ciencia de la esencia de las cosas, que prescinde de los seres particulares y se aplica exclusivamente á los atributos y condiciones del sér en general. Para Wolf la Metafísica se divide en Ontología, Psicología, Cosmología y Teología racional. Desviada del mundo real y de todo lo que puede ser objeto de percepción empírica, la Ontología es únicamente la ciencia del sér en general, es decir, del sér abstracto.

Una vez expuestas estas ligerísimas ideas acerca de estas bien ó mal llamadas ciencias, debo de pasar á decir cuatro palabras sobre lo que se entiende ó debe de entenderse por Física, para relacionarla con las ya manifestadas más arriba.

FÉLIX DE UNAMUNO.

Crónicas de Arte y de Sociología.

DESDE PARIS

La literatura y los teatros.—El concepto del ideal moral.—La Ética de Wentscher.

Pocas cosas de importancia se publican durante los meses de verano en París. Sólo alguno que otro libro liviano viene á entretener la vacuidad de los cerebros, cuando no los emponzofia.

Contados son los amigos de enriquecerse con ideas, reservando todo el fósforo cerebral por satisfacer su pasión de oro, la *auri sacra fames*. El verdadero hombre rico es quien posee un alma elevada y pensadora, que no dependa del boato externo ni sea esclava de la sociedad.

El poder moral ó intelectual del hombre creador tiene por virtud la emancipación ó la felicidad de quienes ilumina ó deleita. Mas su dicha y su liberación personales son más grandes aún que las de los demás, por ser obra de sí mismo. ¿Cuándo aprenderemos nosotros á labrarnos la libertad y la felicidad?

La fuerza personal que exige la acción para dar impulso á la sociedad, repercute en ésta y redobla después la del que originalmente la desplegara, haciéndola á veces perdurable.

Esto me sugiere la labor de Emilio Zola, que el día 10 empezará á publicar, en forma novelesca, su tercer evangelio *La Verdad*. Verá éste la luz en el periódico *L'Aurore*.

Según se dice, el autor afirma en su nueva obra que sólo un pueblo instruído puede hacer justicia; por modo que los ignorantes, como la historia demuestra, son víctimas de la falsedad y del error.

Parece que al desarrollo de *La Verdad* contribuye, en gran parte, la guerra que sostienen la escuela laica y la congregacionista, tema de actualidad. La cuestión Dreyfus es

ofrecerá, con la novela de Zola, en un ambiente universitario. Y todos estos incidentes se complican y coronan con la lucha entre un marido emancipado y una mujer católica, que se disputan la enseñanza de su hijo según las ideas personales.

* *

Anoche asistimos á la representación que del *Edipo Rey* se daba en la Comedia Francesa.

La espantosa tragedia de Sófocles no se puede juzgar á la ligera. Muchos lo han hecho con gran talento, y casi todos en alabanza. Sus grandezas mueven á meditación, ilustrándonos en arte y en humanidad.

El dolor llega allí á la cúspide del alma, y ésta surge de él con nobleza sublime. Todas las angustias de la muerte, con hondo sentimiento de terror, prenden en la vida y muestran, como en símbolo, el enlace de ésta con aquélla.

Cierto que es asfixiante la atmósfera de fatalidad que rodea la obra, cobrando aspecto de superstición. ¿No nos enseña esto que la miseria de los hombres está en su ignorancia?

Tenían otro vigor los hombres de aquel tiempo, pues llegaban á las raíces del dolor y se elevaban á la cumbre de la alegría, en medio de cierta luminosa serenidad. Esto es lo que hay de eterno en sus obras, y llega hasta á infundir elevación á los sentimientos convencionales é ideas erróneas que sustentaban sobre moral; lo que Sófocles traduce con tanta sublimidad en su tragedia.

Nos place ver y sentir aquel tremendo horror por el crimen, que adquiere forma real de sacrilegio humano. Mas no comprendemos que, con la expiación implacable, deba éste repararse y se haga ella ineludible. Nuestros sentimientos por algo han progresado y progresan.

La labor de Mounet-Sully, de quien es de alabar que diera esa obra el día de su *rentée*, es meritísima. Téngase en cuenta lo difícil que resulta el papel de Edipo, y más despertar el interés del público con la exposición simple del dolor, sin ayuda de una intriga artificial. Por mi parte, diré que, oyendo el diálogo de Edipo y Tiresias, sentí con angustia lo que puede llamarse el escalofrío trágico. Y hasta Yocasta, sin ser representada por una excepcional artista, comunicaba una tristeza profundísima con su simple lamentación de *¡Malheureux! ¡Malheureux!*, en canto plañidero.

* *

El Sr. Gomperz acaba de publicar la conferencia que tiempo atrás leyera en la universidad de Berna: *Ueber den Begriff des sittlichen Ideals*. (Sobre el concepto del ideal moral.)

No está en los propósitos del autor definir científicamente el ideal moral ni lo que éste ha de ser, puesto que el ideal no puede demostrarse y sólo se establece según el punto de vista personal. La concepción que se tenga del mundo, ó *Weltanschauung*, desempeña en el ideal individual un papel esencialísimo.

No puede, empero, negarse que el ideal sea un *hecho*, y sólo considerado así es científicamente demostrable.

El ideal moral, sea cual fuere la forma que adopte, se ofrece como *universal*, según Gomperz.

El hombre ideal, por más lejos que esté del tipo común de nuestra existencia, aparece como el *tipo normal* del hombre.

El ideal moral se considera en la *medida del valor* de los actos reales, aun cuando dicho ideal sea irrealizable.

La *universalidad* que pretende el ideal moral podría llamarse *objetividad*. El asceta y el egotista atribuyen un *valor objetivo* á su manera de vivir.

El ideal puede ser concebido como actualmente *realizado*, como *irrealizable*, como *realizado en el pasado*, como *realizable en el porvenir*.

La primera concepción es la de los indios: forma brahmánica de la expansión del *yo*, ó forma búdica de la retractilidad del *yo*. La segunda corresponde á los estoicos, pues éstos, á pesar de buscar la sabiduría, no se vuelven sabios y hacen perder, de esta manera, todo sentido al ideal. La tercera concepción es la de los *cristianos*, cuyo ideal se encarna en Cristo, haciéndose realizable en lo porvenir, con la doctrina de la salvación.

La noción lógica del ideal moral se debe á Kant y á Fichte. El ideal es un valor de limite, inaccesible, y no se puede aproximarle. Este ideal consiste en una transposición del concepto del Hombre Dios, así como la noción del hombre moral (con su imperfección relativa) es una transposición del concepto del *santo*.

Gomperz no define la *naturaleza* del ideal moral; pero indica una orientación *formal* que trata de un *hecho* y, bajo el punto de vista lógico, determina sus aspectos; significando que la razón es el juez del ideal.

Si Wentscher, en su *Ethik* (Ética), no es hostil á la especulación metafísica, no deja de apoyarse en el terreno de la experiencia.

Wentscher trata de dilucidar la necesidad de la *libre determinación de sí mismo* que experimentan fundamentalmente los hombres de nuestra época. Su *ética* es, ante todo, idealista y tiene por centro la *afirmación* de la libertad.

La *moralidad*, según él, reside en la formación del *ideal personal*, en la *autonomía*, y no en la sumisión á la autoridad religiosa ó social, ó á la presión física.

Como la Ética, para Wentscher, no ha de ser extraña á la experiencia, este autor se dispone á analizar inmediatamente la *conciencia moral*. La conciencia, *formalmente*, presenta siempre la idea de una obligación, que se reduce á la fidelidad para con un ideal colocado lo más alto posible. *Materialmente*, la historia de la conciencia *individual* y de la conciencia *social* nos muestra cómo se forma ese ideal y cómo se enriquece.

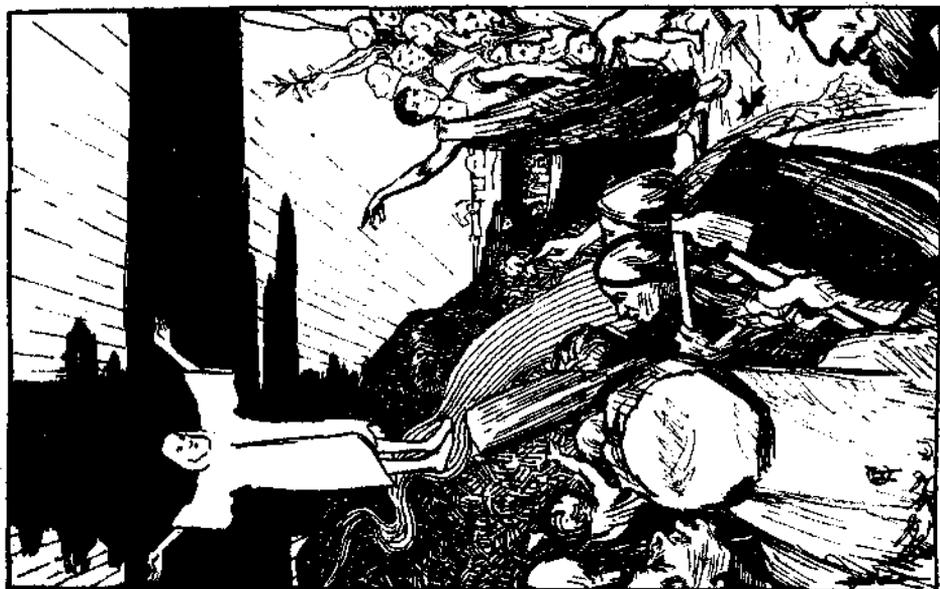
Mucha importancia hay que dar al elemento *estético* de tal evolución, al papel desempeñado por el *ejemplo*, por los hombres que son objeto de admiración, pues los que tienen *personalidad* nos excitan á desarrollar la nuestra. A su contacto, nos aparecen como esenciales los valores de la *moral de los maestros*, según la expresión de Nietzsche.

El *racionalismo* pretende encontrar los axiomas reguladores en un *apriorismo* de la razón; pero no puede dar á sus axiomas un contingente concreto, y el imperativo categórico de Kant se hace *formal* y negativo. No es el deber lo que ha de ponerse en el primer término de la moral, sino la libertad.

Un ser capaz de voluntad y de pensamiento, se esfuerza en desarrollarse en sentido *personal* y trata, pues, de desplegar la personalidad del modo más amplio. Este esfuerzo doble constituye su propia naturaleza, y para él se convierte, por lo mismo, en único imperativo *incondicional*. El determinismo niega esta libertad. Hay que oponerla á él, no al modo de Kant, ó sea como libertad *noumenal*, sino como libertad empírica.

J. PÉREZ JORBA.

EL CRISTIANISMO



Al nacer.



Al morir.

Ley de herencia directa ó inmediata.

Colocándonos en un punto de vista puramente teórico, la ley que rige la herencia directa es bastante fácil de formular. Consiste, como dice P. Lucas, en esto: «El equilibrio absoluto de las semejanzas integrales del padre y de la madre en la naturaleza física y moral del hijo»; por todas partes y siempre, el sér procreado no sería más el promedio exacto de sus dos autores; los caracteres distintos de ambos se volverían á encontrar en su progenitura, en cada parte de su cuerpo, en cada facultad de su espíritu. Pero esto no es más que una hipótesis lógica que, en los animales superiores, rara vez llega á ser realidad; quizás no sea un atrevimiento decir que la ley, bajo esta forma ideal, no se ha encontrado jamás.

Y, no obstante, se comprende bien que esa es la ley, es decir, la única fórmula bastante amplia para abrazar todos los fenómenos, la única regla que se desprende necesariamente de la naturaleza de las cosas, la única que expresa lo esencial de la herencia. ¿De dónde procede, pues, ese desacuerdo entre la lógica y la experiencia?

Es bastante fácil de explicar. Ninguna ley en la naturaleza es incondicional. Todas, para realizarse, necesitan ciertas condiciones determinadas; donde faltan éstas, la acción de la ley queda en suspenso ó sin eficacia. En ninguna parte las condiciones requeridas son más numerosas ni más difíciles que en los fenómenos de la generación. En efecto, ¿qué se necesitaría para que se encontrase en el niño ese perfecto equilibrio de las cualidades paternas y maternas? Sería preciso de parte de los padres una perfecta igualdad de acción; porque se puede afirmar que en todas las razas y en todas las especies, el predominio, sea general sea parcial, en el acto de la reproducción pertenece á aquel de los progenitores cuya fuerza general ó parcial de organización lo recaba. Numerosos ejemplos, referidos por multitud de autores, demuestran que esta regla es aplicable al reino vegetal y al reino animal.

Se puede demostrar rápidamente que, en los seres superiores, las condiciones indispensables para la realización de la ley ideal no se encontrarán jamás sin excepción.

1.º Sería preciso en primer lugar, que hubiese una correspondencia perfecta entre la constitución física y mental de los padres. Si se reflexiona un poco se verá que cada uno de estos dos estados generales—la constitución física, la constitución mental—resulta de una gran masa de estados particulares que, tomados en su conjunto, dan á cada individuo esa marca distintiva y especial que se llama en fisiología el temperamento, en psicología el carácter.

2.º Supongamos cumplidas esas primeras condiciones. No es eso todo. No basta que la constitución física y mental de ambos genitores esté en equilibrio de una manera general; hay además condiciones particulares de edad y de salud que son indispensables. La desproporción de edad, cuando no produce la esterilidad, acarrea la preponderancia del más joven. Los experimentos hechos por Girou de Buzareingues, con diversos animales, muestran que los productos de un macho viejo y de una hembra joven se parecen tanto menos al padre, cuanto más decrepito es éste y más vigorosa la madre; y los de una hembra vieja y un macho joven, se parecen tanto menos á la madre cuanto más vigoroso es éste. El estado actual de salud, de bienestar en uno de los dos genitores, tiene no menos influjo sobre la naturaleza del producto.

3.º Hay aún otros estados más accidentales y más transitorios bajo cuyo influjo se

ejerce el acto de la generación. Hechos positivos demuestran que esos estados, por pasajeros que sean, tienen el mayor influjo sobre la naturaleza del sér procreado y aseguran la preponderancia del uno ó del otro sexo. Limitémonos á recordar aquí que nada es más común que la debilidad intelectual de los hijos engendrados en estado de embriaguez; que una tradición popular adoptada por muchos autores y, en una cierta medida apoyada por la historia, afirma que los hijos ilegítimos tienen más talento, más belleza y más salud que los otros, porque son los «hijos del amor (1)». Por el contrario, «cuando los padres, dice Burdach, sienten aversión el uno para el otro, producen formas desagradables; sus hijos son menos vivos y menos dispuestos.»

Se comprende sin trabajo que hay un gran número de circunstancias de esta especie que deben influir sobre el acto de la generación. Si se observa que es imposible que las condiciones generales, particulares y fortuitas, que acabamos de enumerar, se encuentren en perfecto equilibrio en ambos genitores, se hallará muy natural que la ley antes enunciada quede en estado puramente teórico.

Por tanto, nos vemos reducidos á buscar en los hechos mismos, si es que hay alguna forma empírica que parezca desprenderse de ellos. En esto es donde se presentan toda clase de opiniones. He aquí las principales:

La más sencilla es la que supone que existe una conexión invariable entre la herencia de la semejanza física y la herencia de la semejanza mental. Aquel de los genitores que transmite la primera ó influye más enérgicamente sobre ella, transmite también la segunda en virtud de la correlación íntima que las une. Esta doctrina que ha sido sostenida por Burdach, se apoya en principio sobre las relaciones generales de lo físico y de lo moral, en los hechos sobre numerosos ejemplos que ofrece la experiencia. Se ha citado sobre todo el ejemplo de los gemelos, que presentan con mucha frecuencia una conformidad extraordinaria, no solamente de las formas exteriores y de los rasgos de la fisonomía, sino de los gustos, de las facultades y hasta de vocación.

Girou de Buzareingues, cuyos experimentos sobre la generación han llegado á ser célebres, distinguió dos vidas en cada individuo, cualquiera que sea su sexo.

La vida *exterior*, que tiene bajo su dependencia el sistema nervioso de la vida animal y el sistema muscular, del cual son atributos la motilidad, la voluntad y la inteligencia. La vida *interior*, que comprende el tejido celular, el sistema digestivo, el gran simpático y todo el sistema nervioso de la vida orgánica; la sensibilidad interna y los sentimientos dependen de ella.

Cada una de estas dos vidas tendría la facultad de reproducirse por sí misma; por consiguiente, la transmisión de la vida exterior llevará consigo la de la inteligencia, y la transmisión de la vida interior llevará la de los sentimientos.

Gall y Spurzheim, rechazando las doctrinas que se acaban de exponer, han sostenido la opinión que se desprende lógicamente de su sistema; que la analogía de conformación de las regiones diversas de la bóveda del cráneo implica una constitución psicológica análoga. «Se ha observado siempre, dice Gall, que los hermanos y hermanas que se parecen más entre sí ó que se parecen al padre ó á la madre *por la forma de la cabeza*, se parecen también por las cualidades del alma y del espíritu.»

(1) «D. Juan de Austria era superior á Felipe II, Vendôme á Luis XIII y á Gastón de Orleans. El papel de los bastardos en las familias de los grandes es notable cuando se piensa en su pequeño número. Citaré los siguientes: Dunois, el bastardo de Saboya, el príncipe Eugenio, Vendôme, el condestable de Borbón, Mauricio de Sajonia, todos hijos ó nietos de bastardos, sin hablar de algunos modernos.»

¿Qué hay que pensar de estas doctrinas, de que sólo presentamos un corto número? Que como cada una tiene de su parte un gran número de hechos, puede darse como una generalización parcial; pero que, como todas tienen en contra suya un gran número de excepciones, no se puede aceptar ninguna á título de generalización total. Así la experiencia confirma la teoría; razonando por deducción hubiésemos llegado á establecer que la ley perfecta de la herencia no llega nunca á realizarse, y el examen de los hechos nos muestra que ninguna fórmula empírica alcanza la generalidad de una ley.

Lo único que se deduce claramente de esta oposición de doctrinas, es que en realidad hay siempre preponderancia de uno de los padres. En el caso de herencia directa, el niño se parece siempre más especialmente á su padre ó á su madre.

Añadamos que esta preponderancia no es nunca exclusiva. Hechos curiosos lo muestran, como veremos más adelante. A pesar de las apariencias, la herencia de padres á hijos no es nunca material; es siempre bilateral. Los fenómenos de herencia regresiva prueban que si el influjo de uno de los padres sobre el hijo puede parecer abolido, en realidad nunca es aniquilado. Así la ley de igualdad de acción se verifica en la medida de lo posible.

Los fenómenos del cruzamiento confirman lo que se acaba de decir. Es cierto que en los cruzamientos entre razas y especies distintas hay lucha, no sólo entre dos sexos, sino también entre dos fuerzas específicas distintas. Sin embargo, estos cruzamientos manifiestan, con un *aumento* variable, lo que se verifica en los casos ordinarios. Los antropólogos han construido cuadros en que el influjo del padre y de la madre, representados cada uno por una fracción, se suponen iguales en la procreación del mestizo. Pero esta hipótesis, tal como se expresa en el cuadro siguiente, es completamente teórica. Daría por resultado:

1.º	Blanco	+	negro	=	mulato	=	$\frac{1}{2}$ blanco,	$\frac{1}{2}$ negro.
2.º	Mulato	+	blanco	=	tercerón	=	$\frac{3}{4}$ blanco,	$\frac{1}{4}$ negro.
	Mulato	+	negro	=	zambo	=	$\frac{1}{4}$ blanco,	$\frac{3}{4}$ negro.
3.º	Tercerón	+	blanco	=	cuarterón	=	$\frac{7}{8}$ blanco,	$\frac{1}{8}$ negro.
	Tercerón	+	negro	=		=	$\frac{1}{8}$ blanco,	$\frac{7}{8}$ negro.
4.º	Cuarterón	+	blanco	=	quinterón	=	$\frac{15}{16}$ blanco,	$\frac{1}{16}$ negro.
	Cuarterón	+	negro	=		=	$\frac{1}{16}$ blanco,	$\frac{15}{16}$ negro (1).

En la realidad, el cruzamiento dista mucho de verificarse con esta regularidad matemática. Sin hablar de los casos bastante raros en que la unión del blanco con el negro produce ya un niño completamente blanco, ya un niño completamente negro, en los mestizos hay siempre preponderancia de uno de los padres. Burmeister, uno de los hombres que más han observado los mulatos en América del Sur y en las islas de Méjico, niega que el mulato sea exactamente medio entre sus padres. En la inmensa mayoría de los casos, sus caracteres están tomados de las dos razas; pero hay siempre predominio de una de ellas, que es ordinariamente la raza negra. Pruner Bey, que ha estudiado mucho los mulatos en Egipto y en Arabia, tiene la misma opinión. Señala un predominio marcado del tipo negro; se traduce por una cabellera habitualmente rizada y lanosa, por la forma general y las dimensiones del cráneo, por una frente ordinariamente baja y ligeramente

(1) «En la desaparición gradual de la sangre negra se puede reconocer que el mulato representa la mitad, el cuarterón la cuarta parte del color negro de sus antepasados negros; pero si vamos más lejos, veremos que el fraccionamiento de la sangre es muy irregular y no sigue la progresión geométrica decreciente de $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{4}$, etc. Lo más á menudo, la presencia de la sangre negra es muy marcada, ó por el contrario, imperceptible, hasta que desaparece completamente.» (Galton.)

fugaz, por la conformación de los pies y por un prognatismo que no desaparece casi nunca en la primera generación.

Podemos resumir todo lo que antecede diciendo: en los casos de herencia directa, el niño tiene de su padre y de su madre.

Hay siempre preponderancia de uno de los dos.

Se preguntará quizás si después de haber tratado la cuestión desde un punto de vista, sobre todo fisiológico, no deberíamos volverla á tomar desde el punto de vista psicológico y buscar en la historia hechos que apoyen esta primera forma de herencia directa, es decir, personajes que se parezcan á la vez á su padre y á su madre. ¿Se podría quizás? Se podría decir que Alejandro se pareció á Filipo bajo ciertos aspectos, á Olimpia bajo otros. Nerón fué digno hijo de Agripina; pero no hay que olvidar que su padre Domicio Enobarbo era, como hemos dicho, célebre por su crueldad. Michelet encuentra que la reina Isabel se pareció á la vez á Enrique VIII y á Ana Bolena. Según el mismo historiador, el duque de Vendôme se parecía sobre todo á su madre Gabriela de Estrées; pero en él «la mirada bufonesca recuerda también el lado gascón y al gran truhán bearnés» (Enrique IV). Schopenhauer, que interpreta la cuestión de la herencia según su sistema metafísico, pretende que lo que hay en el sér de fundamental y de primero, el carácter, las pasiones y las tendencias son una herencia del padre; la inteligencia, facultad secundaria y derivada, procede esencialmente de la madre. Se lisonjeaba de encontrar en su propia persona una confirmación irrecusable de esta teoría. Espiritual y sutil como su madre, que tenía gustos literarios y vivía en Weimar en el círculo de Goethe, era, como su padre, sombrío, obstinado, poco manejable; tenía gestos ceñudos y juicios extraños.

No sería muy difícil multiplicar los ejemplos, pero este trabajo sería completamente inútil; porque lo que buscamos aquí no es si el hijo se parece á la vez á su padre y á su madre, cosa que no es dudosa, sino si hay casos en que se parece *igualmente* á los dos. Si existe este caso, nos es imposible hacerlo ver, sobre todo en lo moral. Para esto serían preciso procedimientos exactos de medida, y no los hay; sería preciso poder operar sobre cantidades y no sobre cualidades. Estos ejemplos y todos los demás que podríamos amontonar, sólo demostrarían probablemente una cosa: que hay siempre una preponderancia, más ó menos marcada, de uno de los padres.

Hay casos en que la acción preponderante del padre y de la madre se verifica de una manera extraña: cada uno de ellos parece haber elegido un órgano particular. El padre, dice Lucas, puede transmitir al hijo el cerebro, y la madre el estómago; el uno el corazón, la otra el hígado; el uno el intestino, la otra el páncreas; el uno los riñones, la otra la vejiga de la orina. Estos hechos se han establecido por la anatomía animal y humana. Dan la razón orgánica de ese entrelazamiento, á veces tan chocante, de los instintos, de las predisposiciones morbosas ó pasionales de los padres del niño.

A veces la igualdad de acción de los padres parece consistir en una herencia en que el uno da las formas exteriores y el otro deja sus cualidades mentales. Esto ocurre en un caso curioso referido por Darwin, en que la herencia psíquica se ha afirmado por un cruzamiento repetido. «Lord Oxford ha efectuado un cruzamiento en su famosa trilla de lebreles, con el perro-dogo: raza que se eligió porque carece de olfato, pero posee en el más alto grado el valor y la tenacidad, cualidades que buscaba. Al cabo de seis ó siete generaciones, toda huella de la forma estaba eliminada en los descendientes, pero el valor y la perseverancia persistieron.—Algunos perros de muestra han sido cruzados con la raza de los perros que cazan el zorro, para darles ardor y rapidez.—Se ha

infundido un poco de sangre de la raza de los gallos de pelea en algunas familias de Dorkings. En el hombre el ejemplo más conocido es el de Lislet-Geoffroy, ingeniero en la isla de Francia. Era hijo de un blanco y de una negra muy limitada. En lo físico era tan negro como su madre, por las facciones, el color, el cabello y el olor propio de su raza. En lo moral era tan *blanco*, en cuanto al desarrollo intelectual, que había logrado vencer los prejuicios de sangre, tan poderosos en las colonias, y ser recibido en las casas más aristocráticas. Cuando murió era miembro correspondiente de la Academia de Ciencias.

Hemos llegado así á examinar los casos de herencia *unilateral*, entendiendo esta palabra en un sentido restringido, como ya lo hemos dicho.

CH. RIBOT.

(Traducido por Ricardo Rubio.)

EL DESPERTAR

Obscurecía: las primeras sombras de la noche invadían rápidamente las calles de la población; numerosas bandadas de murciélagos revoloteaban en el aire, formando extraños torbellinos, buscando y persiguiendo con movimientos rápidos é imprevistos su nocturno alimento.

En la ancha y polvorienta carretera que se extiende de E. á O., por la parte occidental del pueblo, vemos alejarse un hombre con paso firme y mesurado: es joven, de figura gallarda y simpática; viste la blusa del obrero, y á pesar de su humilde traje, parece notarse en él ese aire del hombre pensador, del obrero que no se ocupa solamente en el trabajo manual que efectúa, sino que, por el contrario, en los momentos que le dejan libre sus ocupaciones, las invierte en el estudio, en la instrucción y en la lectura de libros y periódicos que tratan del movimiento del proletariado, sus miserias y sufrimientos. Es la figura noble del trabajador constante, del hombre dispuesto á ayudar, aun á riesgo de su vida, al compañero que está en peligro, y cuyo corazón no ha perdido la sensibilidad del niño, á pesar de que su vida es un continuado tormento de tristezas y dolores.

Está triste: ¿qué pena ocultará en el fondo de su pecho? ¿Cuál es la causa que llena de lágrimas sus ojos?

¡Quién saber!...

Por occidente habían desaparecido totalmente los postreros resplandores del crepúsculo, y la tierra quedaba envuelta en esa diáfana semiobscuridad que sigue á los largos días estivales con sus noches tibias y serenas. Ni un leve soplo de brisa acariciaba las inmóviles hojas de los árboles, y del seno ardiente de la tierra surgía un vaho intensísimo que asfixiaba con olores de una naturaleza grandiosa en germinación y flotando en el espacio con promesas de abundancia.

Las cigarras, con sus enormes abdómenes, descansando sobre la abrasada superficie de la tierra, entonaban su interminable cantinela, como agradecido himno que elevaran á la espléndida y fecundante tierra. ¡Bendita tú mil veces, pródiga Naturaleza! ¡Bendita tú, que espontáneamente proporcionas el alimento, la riqueza y el bienestar á los que viven en tu superficie!

—¡Hermosa noche; pero cuán triste para mí! Si miro al firmamento y contemplo ese espacio infinito que se extiende ante mis ojos, inmenso como mi amargura, y fijo por un

instante la mirada en esas rutilantes chispas que parecen de fuego suspendidas en el obscuro tul del cielo, parécenme ojos brillantes que rien viendo mi dolor... rien cuando mi corazón se oprime ante la desventura que me amenaza, y cuando mis ojos, enrojecidos y ardientes por las lágrimas que vierten, se aguzan en las tinieblas de mi infortunio, luchando por descubrir algún punto donde sostenerme al borde del abismo, que la fatalidad, ó mejor dicho, la intransigencia de los hombres, abrió á mis pies, vosotros, crueles é impasibles, seguís titilando con risa leve, ajenos á las penas que destrozan mi alma.

¿Por qué? ¿Acaso es que creéis que mi corazón no es suficiente grande para dar cabida en él á la inmensidad que os circunda por doquier? ¿Creeréis que mi mente no será capaz de abrigar ideales tan infinitos como vosotros, miriadas de astros que giráis eternamente en el caos inmenso del universo?

¡Sí; yo tengo, yo poseo un alma tan infinita como esa inmensidad que os separa de mí materialmente, pero que me une y me identifica con la augusta grandeza del fin! ¿Qué importa que mi cerebro no haya sido estrujado y sometido á los moldes insuficientes de una cultura basada en el despreciable convencionalismo? ¿Qué importa que mi inteligencia y mis sentimientos no hayan sido cultivados en esos invernaderos llamados universidades, academias, institutos, etc., donde los seres humanos se desarrollan intelectualmente como delicadas flores que el más tenue rayo de sol marchita sus pétalos impotentes, para resistir el calor de los ideales grandiosos y abnegados? ¡Qué importa! El libro en que yo he estudiado es el verdadero, el único que le enseña al hombre la admirable marcha de la humanidad en busca de un fin preconcebido, y en cuyas páginas, escritas por la realidad, no caben más que la verdad escueta y la justicia. No; en mi imaginación no se han inculcado prejuicios ni sofismas, ni mi voluntad se ha sometido de grado á odiadas trabas que me repugnan y ofenden. Desde niño he odiado todo lo que impone límites y vallas al movimiento intangible del hombre; acostumbrado desde muy joven á admirar el espectáculo del mar en innumerables fases, mi voluntad se ha desarrollado y robustecido en aquella libertad solamente coartada por los elementos, pero que jamás acataré la de los hombres si no es por fuerza, y aun así no sujetarán más que mi cuerpo. He pasado los primeros años de mi vida sobre pequeñas embarcaciones, y las olas del mar han inecido suavemente la frágil barca que me sostenía sobre su superficie, arrullando dulcemente mi sueño; sobre mi cuerpo han pasado y agitado furiosos vendavales; he visto cernerse sobre mi cabeza admirables tempestades y estallar en la oquedad del espacio con cegadores relámpagos y formidables truenos, mientras las olas, rugientes y embravecidas, encrespaban sus espumosos lomos amenazando hundir á la atrevida embarcación que se cruzaba ante su marcha avasalladora y triunfal; yo que he sentido vibrar mi sér todo; yo que me he sentido arrebatado por la imponente grandeza de una noche de tempestad, no quieren los que piensan tener más corazón que yo para sentir el goce dulcísimo del arte, que tome la parte que me corresponde en el concierto universal. ¡Porque... ¡ay!, porque visto blusa, porque no concuro á los teatros, á los centros donde se reúnen los que dan la dirección del arte y de la ciencia en todas sus manifestaciones, y... en fin, porque soy obrero, el obrero asalariado que vive continuamente sujeto á la férrea cadena de la esclavitud.

¿Qué más? Hasta pretenden anular mi corazón oponiéndose á sus libres aspiraciones sin comprender ¡pobres soberbios! que el corazón no se manda, como no pueden sujetarse y someter á nuestra voluntad esos mundos que ruedan vertiginosamente por el éter. Yo amo; amo hasta lo infinito, y tengo la dicha de ser amado con la misma intensidad. Yo soy pobre, soy el siervo moderno que nada posee y que en todo ha trabajado. Ella

es rica por sus padres de tesoros acumulados sobre las espaldas del obrero; pero yo desprecio esas riquezas que degradan, y anhelo poseer los tesoros de bondad y cariño que para mí guarda en su corazón, todo pasión y entusiasmo. Tratáis de arrebátarmela y de ocultarla á mis ojos, pero es inútil. Antes de que realicéis la crueldad de separarnos, habrán sucedido muchas cosas; yo os demostraré que el amor no admite obstáculos, porque, indómito y avasallador, no lleva más que un fin: la posesión completa del ser amado, y que para conseguirlo se desprende altivo de todas las mentiras llamadas conveniencias sociales...

—¡Filiberto! —Aquí estoy, alma mía. —Por fin, has venido. —¿Cómo no sabiendo que en breve han de arrancarte de mis brazos? —Jamás, Filiberto; soy tuya en cuerpo y alma, y únicamente la muerte tiene poder suficiente para separarme de tí. —Pues bien; contra la tiranía y la crueldad de tus padres y de esa sociedad infame, sólo debemos emplear el desprecio; ven, huyamos lejos, muy lejos de esos tiranos que no titubean en destrozarnos nuestros corazones; apartémonos de tanta podredumbre, y en la extensa faz de la tierra hallaremos asilos donde anidar en nuestras horas de amor; ven... que el mundo entero sea nuestra patria y todos sus seres nuestros hermanos; no dudes... ¿No halaga á tu alma tan sublime aspiración?... vamos; que la fecunda tierra nos sirva de tálamo nupcial y por dosel ese purísimo azul que se extiende sobre nuestras cabezas cuajado de brillantes mundos... ¿Dudas? —No; es que mis ojos, acostumbrados al obscuro horizonte en que me habían sumido las timoratas costumbres de mis padres, están deslumbrados ante la magnífica y radiante claridad que tus palabras han esparcido en mis sentimientos: sí, dices bien; rompamos con tradiciones absurdas, y que nuestros corazones, unidos con el dulce sentimiento del amor, sean el santuario donde se albergue el cariño á nuestros hermanos. —Vamos, pues, y desde hoy amemos infinitamente, para creer que somos igualmente amados.

Y ambos, unidas sus manos con fraternal entusiasmo, y con las frentes altivas y serenas, se alejaron radiantes de felicidad en dirección del nuevo día, que empezaba á lucir por el horizonte.

AGUSTÍN PARÉS PÉREZ.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Nueva fuerza ascensional de M. Filipi.—Las aplicaciones de la cometa.—Remedio contra la cóscuta.—Las lluvias de barro.—Lámparas eléctricas de mercurio.—Máquina comercial.—El pulpo de tierra.

Se habla de nuevos ensayos de aviadores en Inglaterra. Ya se sabe; cada vez que los partidarios del más ligero que el aire hacen experimentos con cierto éxito, sus rivales se agitan con promesas halagüeñas, no siempre cumplidas.

A las recientes ascensiones de Crystal Palace de Londres, verificadas con buen éxito, aunque no concluyentes, por M. Spencer, los partidarios del más pesado que el aire responden con nuevos proyectos.

Tócale el turno á M. Filipi, que ha presentado un procedimiento absolutamente nuevo.

El aire, de densidad muy inferior al agua, obedece á leyes diferentes que los líquidos. Mientras que el agua, casi incompresible, *tiende á equilibrar su nivel*, el aire, compresible como todos los gases, *obedece á la expansión*.

Pues de la depresión atmosférica se sirve M. Filipi como fuerza ascensional, llegando á subir superficies lisas, de uno á siete kilogramos, produciendo por la rotación una ruptura de equilibrio atmosférico sobre dichas superficies.

Este sencillo principio ha fijado la atención de varios ingenieros, que, en una interesante Memoria que tenemos á la vista, lo confirman, en vista de los experimentos realizados en su presencia.

En esta nueva vía, separada de todas las seguidas hasta el día, M. Filipi considera como problema de facilísima resolución la navegación aérea por aparatos más pesados que el aire.

* *

Desde los clásicos y peligrosos experimentos del siglo XVIII para substraer el rayo de las nubes por medio de una cometa con cuerda de metal, estaba casi abandonado ese recurso de ascensión, reservado todo lo más á observaciones meteorológicas.

En estos últimos años se ha reparado la falta, escribiéndose libros sobre su construcción y sus múltiples aplicaciones: se ha usado la cometa para tender desde la costa á buques en peligro un cable de salvamento; una cometa, lanzada desde un barco y sujeta por un flotador, ha podido atravesar un río y transportar un despacho de una á otra orilla; en una palabra, para las señales á grandes distancias es utilísimo dicho aparato.

M. Lecornu ha imaginado la cometa multicelular, compuesta de varias cometas celulares formadas de cuadros de madera ligera, parcialmente cubiertos de tela, constituyendo una especie de caja abierta sin cubierta y sin fondo, y con este aparato, mucho más poderoso que la cometa plana, ha reunido la fuerza suficiente para levantar un hombre.

M. Maillot logró el primero construir una cometa capaz de levantar un peso relativamente considerable. Empezó elevándose un poco y tratando de dirigir la cometa, modificando la orientación y la inclinación sobre el viento de su máquina por medio de cuerdas fijas en el contorno de la cometa y que se recogían en la navecilla.

Después los americanos Hargrance y Wise han verificado ascensiones sin intentar la dirección. La navecilla del primero estaba fija invariablemente en un punto de la cuerda, y la ascensión se producía á medida que aquella se desarrollaba; la del segundo tenía fija á la cuerda una garrucha, por la que se deslizaba una segunda cuerda, de la cual pendía la navecilla, que subía ó bajaba á voluntad.

Los experimentos continúan con creciente entusiasmo, contribuyendo á él la feliz circunstancia de no haber causado víctimas, como las han causado las ascensiones en globos, dirigibles ó no. Sus aplicaciones se dirigen á la obtención del aviator, del ansiado buque aéreo, del más pesado que el aire, del que flote por la altura en virtud de la resistencia creada por su motor.

Precisamente circula estos días por el mundo científico la noticia de que el inventor del teléfono magneto-eléctrico sin pila (basado en el principio de la reversibilidad de las energías), el ilustre Graham Bell, en Cap-Breton, está terminando un aviator, fundado sobre la aplicación al aeroplano del principio de la cometa.

Si, como puede esperarse, las promesas del gran inventor se confirman, pronto veremos que el modesto aparato, que fué durante mucho tiempo no más que un juguete infantil, será la base de uno de los más prodigiosos inventos.

* *

Entre los enemigos más temibles de la agricultura se cuenta la cúscura, planta parásita filamentososa, que mata las plantas sobre que vive.

Para combatirla, M. Rabaté aconseja que se evite la introducción de los granos de cúscura en los campos y la destrucción de los filamentos parásitos en cuanto aparezcan. La destrucción directa de la cúscura se obtiene con el empleo de la ceniza, cal, ácido sulfúrico, sal marina, corteza de roble, residuos de la clarificación del gas, sulfato de cobre, etc. Todos esos productos matan fácilmente los filamentos, pero matan igualmente á las plantas, por lo que M. Rabaté aconseja la adopción de uno de estos tres procedimientos:

- 1.º Regar el suelo con sulfato de hierro.
- 2.º Extender sobre el suelo una capa de paja y quemarla.
- 3.º Para evitar la reinvasión de los granos que no hayan sido quemados, se cava á la profundidad de diez centímetros y se siembra con plantas libres de los granos y de los filamentos del parásito.

Según M. Schribaux, profesor del Instituto Agronómico, los prados franceses están amenazados de la cúscura americana, más temible que la indígena, y que ha venido entre semillas del Canadá y de los Estados Unidos, siendo su principal peligro el grueso de las semillas, que hace la extracción imposible.

*
**

Entre los diversos fenómenos meteorológicos observados en estos últimos tiempos, se cuentan las lluvias de barro que se han presentado recientemente en Inglaterra, atribuidas á las erupciones volcánicas de las Antillas.

Se comprende fácilmente el mecanismo del fenómeno: unos vientos huracanados que pasan sobre un suelo seco, ferruginoso, cuya parte superficial está en estado pulverulento, levanta por los aires inmensas cantidades de polvo: más tarde y más lejos, cuando se calman los movimientos atmosféricos, el polvo desciende á la tierra por su propio peso; en forma seca, donde hace buen tiempo; en forma de barro, donde la masa pulverulenta era atravesada por la lluvia.

Ese polvo puede venir de muy lejos, y el análisis permitirá demostrar la procedencia y juzgar si los vientos le recogieron en las regiones recientemente desoladas por las erupciones volcánicas.

*
**

Las lámparas eléctricas emplean sustancias sólidas que, hechas incandescentes, producen la luz; pero, transformadas frecuentemente en vapor, se pierden. Convenía, pues, hallar un gas ó un vapor que, elevado á una temperatura necesaria, evitara el inconveniente de la desintegración y suministrara una luz más económica.

Basta dar á la corriente un voltaje suficiente para producir la incandescencia de ese vapor mercurial, para que el tubo emita una luz, deslumbradora. El precio de coste, según los inventores, es una octava parte del de la luz de arco voltaico y un tercio del de las lámparas comunes de incandescencia.

La luz de esta nueva lámpara se parece mucho á la solar.

El análisis espectral señala en ella la carencia de rayos rojos, lo que en muchos casos es una ventaja, porque es sabido que la luz que de ellos carece fatiga menos la vista.

*
**

En las grandes ciudades de la Gran Bretaña acaba de introducirse una máquina comercial que, á nuestro juicio, no tardará en extenderse por toda Europa, causando la desesperación de muchos, que arrojará á la calle como innecesarios.

Tal es la consecuencia lógica de nuestra monstruosa organización social: cada nueva aplicación de la ciencia, que debiera ser origen de un aumento de bienestar general, es, por el contrario, manantial de nuevos sufrimientos para el mayor número y sólo aprovecha á algunos privilegiados.

Esta máquina registra las ventas, devuelve la moneda de cambio, sirve de contador y verificador, y, por último, suma las ventas totales con rapidez y precisión.

Para que funcione esta maravillosa máquina, cuya forma es casi semejante á la de los registradores ordinarios empleados hace ya bastante tiempo en Europa, sólo se necesita tocar cada una de las llaves destinadas al caso. Ni necesidad hay de examinar la moneda, porque la máquina misma se encarga de rechazar la falsa.

*
*
*

Un viajero naturalista, M. Dunstan, ha descubierto en la América Central una planta carnívora, en las siguientes circunstancias, que él mismo refiere:

«Hallábame paseando con mi perro á la orilla del lago de Nicaragua, cuando me sorprendieron los aullidos de dolor que lanzaba el animal; corro en su auxilio, y le encontré retenido por tres varillas negras y pegajosas que se habían pegado á su piel y le habían escoriado hasta el punto de brotar sangre, notando fuerte resistencia al desprenderlas.

»Esa extraña planta, que puede llamarse «pülpo de tierra», consiste en varillas es-triadadas, negras, sin hojas, que secretan un jugo viscoso y están provistas de muchos ten-táculos.

»Los naturales del país la temen; la llaman «trampa del diablo.»

A esta planta corresponde, sin duda, un puesto preferente entre las plantas car-nívoras.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

LUMKINE

Llegó la hora y los comensales de Marcos y Justo, formando círculo alrededor del filósofo, se prepararon á escuchar la historia prometida.

«La vida de Lumkine—dijo Marcos—nada ofrece de particular. No puede ser presentada como ejemplo, ni contada entre las prácticas manuales de moral en que se ve la virtud recompensada con buenas y relucientes monedas de oro ó en títulos de renta y el vicio castigado con la más abominable de las miserias. Su vida fué esencialmente vulgar. Lumkine, en esto se parecía á la mayoría de los hombres; no era un sér formado de una sola pieza, absolutamente bueno ó absolutamente malo. Era de una concepción medio-cra que permitía á las personas representárselo con un solo tono, obrando en virtud de un principio único, movido por una sola pasión, inspirado por un solo deseo. Aun entre aquellos héroes que la historia ó la leyenda nos presenta preocupados por un exclusivo fin y absorbidos por una idea envidiosa, se notan mil sentimientos contradictorios, gracias á los cuales se les puede juzgar diferentemente. Esto ocurría con Lumkine. Una

mujer á lo menos le quiso como la encarnación de la ternura y de la más acendrada abnegación. Lumkine la había recogido cuando ella apenas balbuceaba, y la había educado. Por ella era bondadoso, y como ella mantenía algunas ancianas pordioseras que tenían ideas muy simples, Lumkine era la bondad personificada. El viajero curioso que pasando por el pueblo hubiese interrogado á aquellas patizambas, ciegas y vagabundas acampadas alrededor de la casa de Lumkine, habría ido con seguridad á saludarlo como un bienhechor, como un dulce y caritativo filántropo. Y no se hubiera equivocado, sólo que habría visto una parte de Lumkine, porque Lumkine era un malvado.

Esa maldad no era, sin embargo, tal que produjese horror á cuantos eran testigos de ella ó que oían contar los hechos. Lumkine no había jamás asesinado á nadie. Si había causado la muerte á muchos de sus semejantes, si había conducido á otros al desespero, nunca supuso que, obrando de esa manera, hubiese podido causar tan irremediables desgracias. Inconscientemente era un excelente economista, de una ortodoxia perfecta. Conocía todo el provecho que se podía sacar de una mercadería, y de aquella manera, siguiendo escrupulosamente la ley de la oferta y la demanda, base de las sociedades civilizadas, obtenía el máximo de los beneficios. Pero Lumkine sólo retenía como mercadería la más rara y más preciosa: el oro. Al nacer heredó ese oro; era en sus manos un estoque que le había dejado la previsión de sus antepasados, pues el consejo que su padre sin duda le legó, debió ser que fuese buen mercader de oro. Desde largas generaciones, sus abuelos estaban desembarazados de los prejuicios teológicos que produce el préstamo á interés. Lumkine, al nacer, había aprendido que el oro es una mercancía, una mercancía que se vende y se compra, una mercancía que tiene su valor propio como las coles y los nabos que los campesinos llevan al mercado, una mercancía que se puede y se debe sacar partido de ella. No había comprendido aún los anatemas que alcanzan al comerciante que vende su oro, no dejando vender al industrial el hierro fabricado por los obreros. Había pensado siempre que ese proceder era innmercido. Con ser el más pobre de los negociantes, como su casa era buena, vendía caro.

El pueblo donde residía Lumkine estaba, como todos los pueblos, habitado por algunos ricos propietarios y por un gran número de tristes petates, pequeños arrendatarios que no pagaban nunca su arriendo, campesinos miserables que no podían comprar el grano para sembrar los campos. Todos esos infelices constituían la clientela de Lumkine. Los estimaba mucho y les consideraba más que á los ricos: éstos no tenían necesidad de él, y por consiguiente no hacían marchar su comercio, mientras que para todos aquellos hambrientos era el hombre indispensable. Cuando el tiempo de las sementeras se aproximaba se hacía necesario ir á casa del mercader de oro, y el domicilio de Lumkine se veía muy concurrido.

Sus clientes detestaban á Lumkine porque era un hombre escrupuloso, un hombre de honor. Era fiel á su palabra, y esto que se le reconocía al honrado comerciante, causaba muchos sinsabores. Nunca había dado á un campesino una moneda de oro falsa, cosa que representaba una honradez intachable, porque habría podido hacerlo sin que al que se la había prestado osara reclamar. Pero exigía á los otros la misma regularidad que él practicaba. Como he dicho antes, sin haber aprendido nunca la Economía Política, hacía punto y raya á los maestros de esa ciencia. Afirmaba con ellos que nadie estaba obligado á dirigirse á él para tener dinero, lo que era perfectamente exacto, y los necesitados que venían á su casa habrían podido decidirse á morir antes que buscar por todos los medios prolongar su lastimosa existencia. Decía que sus deudores habían libremente arreglado el negocio con él, y no toleraba ninguna prórroga á sus vencimientos. Era un hombre ín-

tegro, justo, y Lumkine sabía hacer uso de todas las leyes para obligar á sus conciudadanos á permanecer leales. Hacía vender los muebles y las alhajas para ahorrarles los remordimientos de conciencia que seguramente habrían sufrido al faltar á sus compromisos.

Los deudores de Lumkine, que ignoraban las inevitables leyes de la Economía Política, profesaban al usurero un odio feroz. Lumkine era indulgente: les perdonaba los sentimientos hostiles que le demostraban cara á cara, y continuaba prestándoles su ayuda en momentos útiles. Vivió largos años sin que el odio de sus compatriotas se manifestara de otra manera que con injurias refunfuñadas á su paso por las calles del pueblo. Un día murió Lumkine. Aquella á quien había querido como su hija se mostró desesperada, las viejas pordioseras le lloraron; pero todos aquellos á quien él había servido, todos aquellos que él había consentido en ser su acreedor, manifestaron un gozo frenético al saber la desaparición de ese filántropo, y se oyó decir á algunos que sabrían vengarse de lo que les había robado. Lo hicieron, en efecto, aunque de una manera simbólica y terrible.

El cuerpo de Lumkine, colocado en el ataúd, fué expuesto, según costumbre, delante la puerta de su casa, y en la noche que precedía á los funerales fué velado por las pordioseras. A la madrugada las guardianas se durmieron, pero fueron despertadas por un horrible tumulto. Miraron, y vieron que muchos perros reñían alrededor del cadáver; á sus gritos, los amigos de Lumkine que acudieron, se apercibieron de que sobre el feretro se había esparramado carne descuartizada y que se había untado con grasa el roble del ataúd. Los rudos y vengativos campesinos quisieron que el que había sido para ellos semejante á un perro terco y voraz, tuviera una escolta digna de él.

No se pudo cazar la horda, ni impedir que otras carnes fuesen echadas, sobre todo por las mujeres, y Lumkine fué conducido á la tumba por una jauría chillona, donde los aullidos iban acompañados de las risas de una multitud delirante.»

* * *

—Caballero—dijo fríamente el hombre respetable, cuando el filósofo concluyó su cuento,—yo le aseguro que me es completamente indiferente sufrir una suerte parecida; que los perros ó los hombres riñan alrededor de mi ataúd, poco me importa. Ignoro lo que usted ha pretendido demostrar con su apólogo, pero su perfidia es para nosotros perniciososa y usted no debiera haberla divulgado. Yo había creído, oyéndole citar á Bentham, encontrar en usted un útil auxiliar. Me equivoqué y he podido convencerme de que es semejante á nuestros detractores, alimentado por los mismos prejuicios é imbuído de idéntico sentimentalismo. No le hago ningún cargo por ello, toda vez que no pienso contrariarle afirmando que nuestras relaciones han sido efímeras.

—Lo siento—afirmó Justo,—porque el vino que se les sirve á ustedes es excelente. Pero como las botellas están vacías, y desde que el viejo maestro ha empezado su historia mi vecino el chalán no ha pedido otras, no encuentro ningún inconveniente en retirarnos, puesto que yo debo enseñar á mi amigo las bellezas de Geronta, y hasta el presente...

Marcos le interrumpió con un gesto; y con una sonrisa saludó á los prestamistas, que no le devolvieron el saludo, saliendo del mesón seguido de Justo.

BERNARDO LAZARE.

EL VERANEO



—Esos vienen á descansar de las *grandes fatigas* del invierno.

—¡Ah, mofol...

MEDITEMOS...

He estado en la cárcel sujeto al régimen celular más riguroso, tan riguroso, que ni siquiera he querido aprovechar el cuarto de hora de paseo que conceden a los reclusos; me repugnaba aquella forma de pasear: ir formado, entrar en una especie de ratonera, y volver á la fi'a á los cinco minutos. Fué el primer día porque no sabía qué era aquello; los siguientes me negué á salir de la celda. Y en la celda he meditado mucho, muchísimo; he pensado seriamente en lo que debía hacer cuando recobrará la libertad del cuerpo, porque la del pensamiento no han logrado ni lograrán jamás privarme de ella.

Constituí en el fondo de mi conciencia un tribunal, y ante él aparecí en el banquillo. ¿Por qué estaba preso? Esto era lo que había de averiguar en primer término. La causa aparente de mi prisión era un supuesto *complot*; la real, la verdadera causa, haber luchado con la visera alzada contra los tiranos, escribir artículos y pronunciar discursos llenos de sentimiento, repletos de amor por los esclavos, por los desheredados, por mí, que formo parte del ejército de los desposeídos... ¿Era esto delito? Mi conciencia dijo que no; estaba, por el contrario, satisfecha de mis actos. Siendo así, ¿representaba en el banquillo el papel de víctima? Aquella contestó afirmativamente... ¡Víctima! Esta palabra hizo vibrar mi espíritu; sentí como si una sacudida eléctrica recorriese mis nervios: era mi carácter que se rebelaba. ¿Avenirme á servir de víctima? ¡Jamás! ¡Eso nuncall

Una voz secreta me gritó: «Si tú quieres serás héroe!.. Allá afuera, en la calle, van á plantearse crisis sociales de mucha importancia para el pueblo, para ese pueblo que tanto amas, por el que estás dispuesto á seguir luchando; pero es preciso que medites mucho, que te hagas cargo, que te penetres bien de tu nuevo papel. ¡Serás héroe! Mas para ello es indispensable que varíes de táctica, que te apartes del camino que te ha conducido á ser víctima. Ya te he dicho bastante; ahora tú resolverás.»

Cálló la voz...

«¡Serás héroe, pero tienes que variar de táctica, has de meditar mucho!» Estas palabras golpeaban mi cerebro como martillos de herreros sobre un yunque. ¿Tengo que meditar? ¡Meditar! Y dejé caer la cabeza entre las manos, apoyando los codos en la mesa...

Desfilaron por mi imaginación los hechos más culminantes de la vida de guerrillero que había seguido durante diez años. Estaba satisfecho de mi conducta, había luchado á todas horas, sin descanso, por un ideal hermoso: ¡la Humanidad libre y feliz!, este era el compendio de mis batallas. ¿Que en esa lucha de guerrillas sacrificé algo, bastante, de mi interés individual? No importaba; estaba allí mi labor, mi siembra dando sus frutos. Todo me pareció aprobable, todo menos haber llegado á representar un papel indigno, el de víctima... Era preciso adoptar la táctica que me condujera al templo de los héroes. ¿Cómo? ¿Cuál habría de ser mi nueva conducta?

Pensando en la forma de resolver tan arduo problema, me dejé caer inconscientemente en la cama, y me dormí... Soñé que los guerrilleros que luchábamos diseminados por transformar la actual organización social éramos ya muy numerosos; que, convenientemente organizados, formaríamos poderosa legión, y que, una vez formada ésta, podríamos presentar batallas campales á nuestro enemigo, abandonar la actitud defensiva que nos conducía á ser víctimas y adoptar la ofensiva que nos convertiría en héroes... Y como por arte mágico se presentó ante mi vista nuestra legión, ya organizada, y frente á ella

temerosa de nuestro empuje antes de empezar la batalla, la hueste enemiga pidiéndonos parlamento, haciéndonos concesiones, prometiéndonos respetar nuestros derechos... ¡Oh, aquello era portentoso! Nuestros tiranos, de verdugos habíanse convertido en víctimas; teníamos la fuerza del número y de la organización, y ahora éramos nosotros quienes podríamos á nuestro antojo envolverlos en *complots*; sacarlos de sus hogares de madrugada rodeados de siete ú ocho esbirros; hollar brutalmente las habitaciones interiores sobresaltando á sus mujeres; conducirles al Juzgado, y de allí, aun cuando fueran inocentes, llevarlos á la cárcel amarrados codo con codo, uno á uno, andando, sin guardarles consideraciones de ningún género... Pero no; nosotros éramos soldados de una legión humanitaria; nosotros no podíamos realizar tan indignos actos; nos contentábamos con desarmarlos, con convencerlos con palabras de un elevado sentido humano; habíamos triunfado, pero no debíamos gritar el *ve victis!*, porque caería sobre nuestras frentes como estigma infamante, y nos dimos por satisfechos con perdonarles... Ellos, viendo nuestra generosidad, prorrumpieron en vítores á la Humanidad libre; y yo, en un arrebató de frenética alegría, grité: «¡Viva el Hombre, viva el Trabajo!», y un vocerío atronador, como el retumbar de trueno formidable, contestó: «¡Vivaaa!»

Desperté. Estaba en la celda de la cárcel, víctima de mí mismo, de los otros luchadores que, cual yo, se han afanado durante muchos años batallando diseminados, en guerra de guerrillas... Entonces comprendí lo que me había dicho la voz secreta: «¡Serás héroe! ¡Medita!»

Me levanté, cogí la pluma y tracé las siguientes palabras, lema que en lo sucesivo me serviría de enseña de combate:

¡ORGANIZACIÓN! ¡LUCHA GENERAL Á LA OFENSIVA!

Y desde aquel momento dejé de sentirme víctima, dispuesto á convertirme en héroe.

ANTONIO APOLO.

¿Cuál es, pues, el sentimiento dominador y animador del genio? En nuestra opinión, el genio artístico y *poético* es una forma extraordinariamente intensa de la simpatía y de la sociabilidad, que no puede satisfacerse sino creando un mundo nuevo y un mundo de seres vivos. El genio es una facultad de amar que, como todo verdadero amor, tiende enérgicamente á la fecundidad y á la creación de la vida. El genio debe prenderse todo y de todos para comprenderlo todo. En la ciencia misma, si se halla la verdad «pensando en ella siempre», sólo se piensa constantemente en ella porque se la quiere. «Mi éxito como científico, dice Darwin, sea cualquiera el grado á que se haya elevado, ha sido determinado, en lo que puedo juzgar, por cualidades y condiciones mentales complejas y diversas. Entre éstas, las más importantes han sido: el amor hacia la ciencia, una paciencia ilimitada para reflexionar acerca de un asunto cualquiera, ingeniosidad para reunir los hechos y para observarlos, una mediana cantidad de inventiva y de sentido común, con la moderada capacidad que poseo, es en realidad sorprendente que haya podido influir hasta tal grado sobre la opinión de algunos sabios acerca de algunos puntos importantes.» Á estas diversas cualidades hay que añadir una de que no habla Darwin, y que mencionan sus biógrafos: la facultad del entusiasmo, que le hacía amar todo lo que observaba, amar la planta, amar el insecto desde la forma de sus patas hasta las de sus alas, ampliar así los pequeños destellos ó el sér ínfimo por medio de una admiración dispuesta siempre á esparcirse. El «amor hacia la ciencia», la que presume se resolvía así en un gusto apasionado por los objetos de la ciencia, en el amor hacia los seres vivientes, en la simpatía universal.—GUYAU.